

LEGAJO Nº

l. 175 ff

21
LP
✓



FICHADOS

Cristián Prieto

X

marimacho marimacho marimacho marimacho marimacho

ho marimacho marimacho marimacho

transsexual

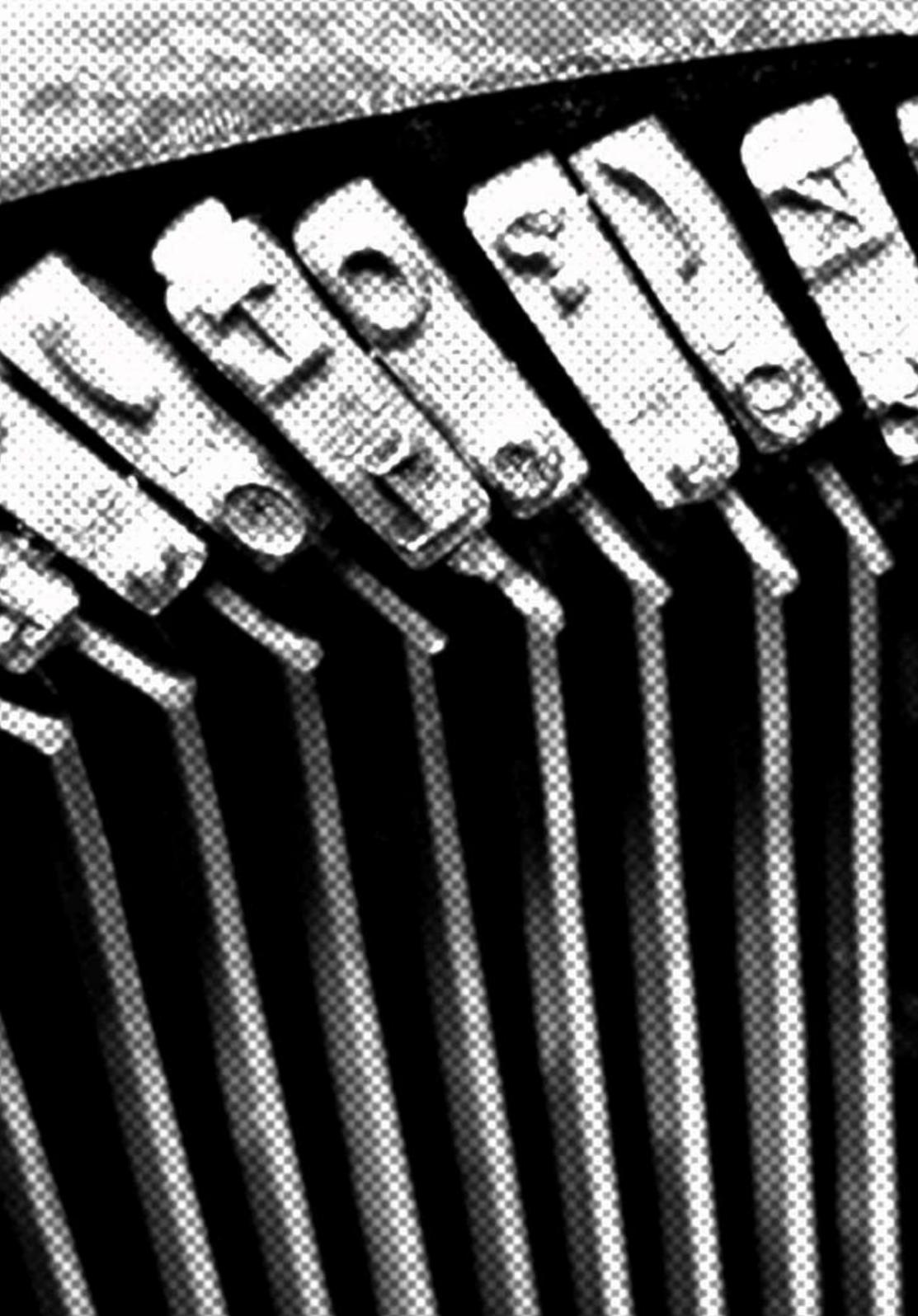
transsexual transsexual transsexual

erasta pasivo Pederasta pas

erasta pasivo Pederasta pas

PRETEXTOS
ATENTADOS
serie





FICHADOS

CRÓNICAS DE AMORES CLANDESTINOS



PERFECTOS
ATENTADOS

serie

FICHADOS

CRÓNICAS DE AMORES CLANDESTINOS

.....
Cristián Prieto
.....

F i X E L

Prieto, Cristián Oscar
Fichados: crónicas de amores clandestinos / Cristián Oscar Prieto.
- 1a ed. - La Plata: Pixel, 2017.
82 p.; 20 x 14 cm. - (Perfectos atentados)

ISBN 978-987-3646-15-7

1. Homosexualidad Masculina. 2. Crónicas. 3. Dictadura Militar. I.
Título.
CDD 323

TEXTOS: *Cristián Prieto*

cristianprietocarrasco@gmail.com

<http://putxyfemnistx.blogspot.com.ar>

EDICIÓN: *Juan Manuel Faccio, Lucía Sbriller, Gustavo Paolini y Pablo Amadeo*
(Pixel Editora)

IMAGEN DE TAPA: Helen Zout y Cristián Prieto
(Muestra *L*s otr*s* Comisión Provincial por la Memoria)

DISEÑO DE TAPA E INTERIORES: *Pablo Amadeo*
(Pixel Editora)

pabloamadeogonzalez@gmail.com

Primera edición: junio 2017
Este es un trabajo impulsado por *PIXEL Editora*
[facebook.com/pixeleditora](https://www.facebook.com/pixeleditora)
pixeleditora@gmail.com
Diagonal 78 n° 506 e/ plaza Rocha y 6,
La Plata - Argentina - Indoamérica
Tel.: 221 - 4212946



Para ver una copia de esta licencia, visita
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>.

Nota editorial

Desplazarse precipitadamente por un único sendero, llegar al punto que oficia de fin, de abismo y luego qué. Producir una minúscula burbuja argentada que se dispersa en miles de haces ante nuestro asombro y después qué. Esta serie, serie de tesis, ensambla autores que no han podido hacer suya la idea de que la letra es una conclusión, una fruta madura ofrecida a las ávidas bocas ilustradas.

Se fraguan, entonces, buenos atracos, intensos, ágiles, que nos recuerdan que la escritura no ha sido hecha para la perpetua quietud empolvada de los cuartos sin luz. Se conciben, entonces, Perfectos atentados donde el movimiento es esencia y donde podemos estar seguros que la propagación encendida del relato será ley.

Damos lugar a esta serie, para que las creaciones no palidezcan al ritmo frío de una única mirada; siempre tentados a creer que los inicios no necesariamente implican fines previos.

"Período Evaluativo:

Ha sido derivado al equipo asistencial (psicología) por haber observado signos de una defectuosa identificación con su propio sexo.

Tratamiento sugerido:

Alentar en Cristian las actividades que implican la asunción del rol masculino en el niño. Ayudar en su inserción en el grupo de varones y propiciar una actitud más positiva hacia sí mismo.

Se orienta a los padres para que eviten la sobreprotección. Permitir que frecuente varones de su edad, practique deportes."

Gabinete Psicopedagógico

Jardín de Infantes N° 920 - Bahía Blanca - Dic. 84

LA HEROÍNA BAHIENSE

Sabía de antemano que no entraría al seminario para ser sacerdote. Elegí ir al psicólogo de la congregación porque pensé que me iba a ayudar en algo, y porque imaginé que viniendo de la iglesia no me cobraría un peso. Habían sido tiempos de mucho trajín con la separación de mis viejos; hacía unos meses que vivía sola y tenía que despertarme muy de madrugada para llegar al colegio. Me hacía de comer, estudiaba y además intentaba hacerme cargo de todo lo que me pasaba.

Mi marica interior estaba todavía un poco oculta, me atraían las sotanas, pero no para aceptar el celibato. Me intrigaba esa vida entre hombres, cuál era el momento de las caricias y los besos entre el vino y la sangre santa: era algo que me despertaba mucha curiosidad.

El consultorio del psicólogo quedaba debajo de la gran institución educativa salesiana bahiense, tenía una entrada aparte donde había varias oficinas según el negocio indicado. Me tocó la oficina del padre coadjutor (un hermano sin todas las atribuciones de los sacerdotes) que atendía a jóvenes con ansias de ingresar a la congregación. No recuerdo todas las sesiones que transcurrí con el casi cura. Me gustaba hablar asique seguramente fue así también en esa oportunidad. Cabe aclarar que en esa época era bastante amaneradita. El hermano salesiano me hizo hacer todos los tests vocacionales conocidos, con muchas preguntas, me mostraba las figuras dobles, al estilo manchas de pintura, preguntando qué veía en cada una. Nunca hable allí de mi sexualidad, pero él me sacó la ficha antes que yo misma.

¿Cómo contarle que más de una vez me había excitado frente a la imagen de ese Jesús tapado con una tela blanca? ¿Cómo contarle al psicólogo sacerdotal que más de una vez me había pajeado en las largas jornadas que pasaba dentro de la escuela religiosa de oficios? Ni tampoco sobre las cartas que le escribía a mi compañero Leonel, de quien estaba enamorada y no podía dejar de mirar y admirar durante largas horas. Nunca le conté nada de esto. Tampoco de las horas que pasaba vistiéndome con ropa de mi mamá, con retazos de cualquier tipo de tela para hacer vestidos de princesa, mientras

mi pene erecto se asomaba entre tules rosas, imaginando cómo podría ser un orgasmo. Claro que nunca le confesé mis fantasías con el padre de un amigo, con el que compartía tiempo de espera en la parada de colectivos. Tampoco nunca le revelé que me tocaba pensando en los noviecitos de mis amigas, y que me daba besos en el espejo del baño imaginando un hombre que me besaba entre el vapor y la lujuria temprana.

Tal vez porque no le conté nada de eso, este hermano salesiano, con sus tests antiputo me sacó la ficha de una. En la novena y última sesión me hizo sentar, me preguntó cómo andaba, cómo iba con el grupo de niños en el barrio y cómo venía preparándome para el campamento vocacional. No sé bien qué le contesté, supongo que dije que todo estaba bien, muy bien. El silencio después de eso no puede haber durado más de unos segundos. Aproveché y sacó una fotocopia que guardaba en un folio. La apoyó en la mesa y me dijo:

—Vos sabés que sos homosexual. Yo estoy en el compromiso de decirte que la Iglesia tiene una posición al respecto y no admite a homosexuales para ser sacerdotes. Lo que la Santa Sede te propone es que sigas en el camino del señor, que no te tientes a tener relaciones carnales con hombres, que sublimes esa energía en la vocación. Todo esto, por supuesto, por fuera del sacerdocio.

Esos minutos fueron como un agujero dentro del tiempo, un agujero que sería bisagra en mi vida. Alguien diciéndome quién era, nombrándome, no sé si alguna vez había modulado la palabra homosexual, si alguna vez alguien me la había dicho. Esta revelación debe haberse traslucido en mi cara por un instante, pero inmediatamente me hice la indiferente. Puse cara de sorprendida, cara de “debe haber una equivocación en su método analítico” *que salta que soy homo sex xual*.

Ese mismo día el psicólogo mencionó que el costo de las sesiones debía abonarlo antes de fin de mes. Ese día, esta marica cerró la puerta con la certeza de que no volvería a pisar ese consultorio, y mucho menos para pagarle a un salesiano que me había sacado compulsivamente del armario. Eso no se hace: ¿qué clase de dios permitiría ese tipo de cosas?

La copia de la revista del Vaticano, junto a un informe de las psicopedagogas en el año 1984 de la salita azul, que proponía a mis

padres que alentaran actividades que me hicieran identificar con el sexo masculino, fueron las primeras fichas de mi desviación. En un principio estaban en la caja de las fotografías familiares. Cuando mis viejos se separaron, esas fotos quedaron en la casa familiar. En épocas de adolescencia solitaria, mi ritual consistía en agarrar aquella caja, sentarme en la cama, mirarlas y leer ese relato que hablaba de aquella pequeña marica que *“se relaciona con las niñas más fácilmente que con los varones. Cuando se le pide expresamente que se cambie de mesa se pone a llorar. Sus actitudes afeminadas deberían ser corregidas antes de que se desarrolle su desviación en un grado ya irreversible”*. Nunca pudieron hacer nada conmigo, ni mucho menos con ella.

Esta mariposa voló y voló y recién en el año 1996 encontré una razón más o menos valedera para llenar mis días de relatos heroicos. Esto empezó con otra revelación: la historia de los desaparecidos en la última dictadura militar. Esas historias de tiempos de urgencia, de jugar a las escondidas con los milicos, los sueños revolucionarios me encendían. ¿Cómo era posible que detuvieran, desaparecieran y mataran a tanta gente?, me preguntaba, más enclosetada que nunca en la ciudad más fascista del sur de la provincia de Buenos Aires: la Bahía Blanca.

En esa puta ciudad había visto y vivido las peores cosas como naturales. Había jugado de niña y no tan niña con muñecas de una amiga que no gustaba de las famosas barbies. Había visto a mi vecino jugar como la mujer maravilla y ser castigada por sus propios padres durante horas arrodillado sobre una bolsa de maíz: *castigo de la gente del campo*, decía su mamá. Había visto también a buenos hombres trabajadores agarrando de las mechas a sus mujeres en las fiestas de navidad: *“Así es el amor”*, me contestaron al ver mis ojos impactados mientras intentaba prender una estrellita y fugarme con ella.

En el vigésimo aniversario del golpe que iba a conmemorarse, esta mariposa estaba en preparativos junto a otras guerreras: las Madres y cientos de otras activistas, para manifestarse el 24 de marzo y resistir ante unos años noventa bien fieros. Iba y venía del barrio, me hacía la montonera, ayudaba a los niños a hacer la tarea, iba a las marchas estudiantiles por más presupuesto para

la educación. En esos días pasé por la carpa docente instalada en Plaza de Mayo, estuve con el Perro Santillán y una Hebe combativa y referenta de la resistencia. Me meneaba por los encuentros de las comunidades eclesiales de base, realizaba comunicados combativos que atacaban a la jerarquía católica. Un día me pararon el carro, y luego de unos llamados de la curia eclesiástica, que había dado el apoyo al movimiento, nos ordenaron retractarnos.

Vivía sola con mi padre, con quien nunca me topaba en esa casa que había sido para cuatro, y donde dos tranquilamente podrían vivir años sin encontrarse. Pero un día nos topamos. Puse la radio y se escuchaba “Hasta siempre comandante”, me puse a tararear y llegó mi viejo, se quedó en el sillón de la entrada, empezó a contarme una historia:

—Si la habré cantado en aquellos años con los compañeros.

—¿Qué compañeros y de qué años hablas viejo? —repregunté intentando entender lo que estaba escuchando.

—Y, en aquellos años, cuando yo formaba parte de los cordones industriales de la Unidad Popular en Santiago.

A partir de allí escuché de la propia boca de mi padre toda la historia de los mil días de aquel gobierno que por la Vía Pacífica había hablado de socialismo en el país trasandino. Nunca recordé, ni siquiera ahora, los pormenores de ese relato, era demasiado impactante escuchar que mi viejo había sido protagonista de una lucha política. Había escuchado de un encuentro con el Che Guevara, de una reunión con Allende y Fidel Castro, y tantos otros nombres de revolucionarios. Hasta ese momento papá y mamá me habían contado que su viaje al país del mate había sido para trabajar y tener un proyecto de familia.

Cuando la acción fue cierta

Organizarse políticamente en la ciudad más facha del sur de la provincia nunca había sido fácil. La marica había escuchado sobre las primeras marchas en reclamo por los desaparecidos en el comienzo de la democracia. De cómo se meneaba, en esas fechas en un bar frente a la plaza Rivadavia, el genocida conocido por su apodo “el ángel de la muerte”. Astiz era un asiduo provocador de

las manifestaciones locales en cada fecha por la memoria. También había escuchado sobre los detenidos del centro clandestino de detención (CCD) y de cómo habían seleccionado a algunos para hacer trabajos para los milicos, que atendían sus cuarteles en el proceso de reorganización nacional.

En el año 1999 había asomado a la escena bahiense un hombre que como fiscal estaba comenzando a sentar a cientos de testigos para reconstruir el camino de los desaparecidos de la ciudad. Al principio no se hablaba muy bien de estos juicios, porque no podían sentar como imputados a los verdaderos responsables, sólo conocer los acontecimientos e idear un plan para, en algún futuro, poder enjuiciar a los militares, empresarios y miembros de la Iglesia.

La marica bien cristiana que había sido seguida relacionada con un grupo de la Iglesia que leía los libros de Rubén Dri, que pensaba certeramente que Jesús había sido un revolucionario y no un samaritano pacífico. En ese contexto escucharon en los famosos juicios por la verdad hablar recurrentemente del padre Aldo Vara, que había sido capellán del V Cuerpo del Ejército. Había testimonios que lo nombraban en las escenas de tortura, en los encuentros con los familiares donde, luego de darles su bendición, cerraba su encuentro con un *“algo habrá hecho su hijo que no está con usted”*. El sacerdote seguía en actividad y en una capilla de la zona portuaria. La marica, que tenía un gran sentido por la justicia y un fuerte poder de convencimiento, le propuso a este grupo de cristianos combativos exigirle como parte del Jubileo propuesto por la Iglesia en el año 2000 que la jerarquía expulsara al cura implicado en crímenes de la dictadura militar.

El 24 de marzo del año 2000 ese grupo salió a marchar con la consigna “Por una coherencia cristiana, expulsión del padre Aldo Vara”. Los medios locales pusieron en primera plana a ese minúsculo grupo católico denominado “Laicos Autoconvocados”. Sacaron una solicitada, hablaron por los medios y el mensaje llegó hasta las altas jerarquías eclesiales y policiales. La inteligencia volvía a emitir memos que relataban cómo había surgido un grupo minúsculo pero con amplia llegada a grupos políticos y católicos *“con tendencia tercermundista”*.

Si algo caracterizó a este grupo de super amigxs y compañerxs combativos de la Iglesia fue la pobreza: no tener un mango pero compartirlo todo. La marica había llevado a cabo el sueño del desclasamiento yéndose a vivir al barrio, detrás de la capilla Sagrado Corazón, donde vivían muchas personas colectivamente. Sin saberlo, estaba haciendo una remake de *El beso de la mujer araña*, más acorde a la previa del estallido del 2001.

“El nombrado, Cristián Oscar Jilberto Prieto Carrasco, es el agitador del grupo religioso. Los sectores de la Iglesia más vinculados con la Curia Eclesiástica no replican los comunicados de la agrupación “Laicos Autoconvocados”. Poseen conexiones con ex sacerdotes tercermundistas de Capital Federal y organizan reuniones donde discuten la revolución bolche de Jesús de Nazaret. Piden la expulsión del ex Capellán del Vto. Cuerpo de Ejército, Aldo Vara, luego de que se hicieran publicas las jornadas de los denominados juicios de los derechos humanos. Ya se están desplegando las diligencias para saber el concepto moral e ideológico de los integrantes más comprometidos.”

Informe de Inteligencia, Delegación Bahía Blanca para DIPPBA Central. Marzo 2000.

Felipe, uno de los integrantes de laicos, había hecho de cadete para llevar varias gacetillas a los medios de comunicación. En las mismas vueltas había llevado a sus sobrinos al jardín de infantes. En uno de esos viajes, ya a medio atardecer, vislumbró un auto que lo iba siguiendo lentamente. Paró un par de veces hasta que el acompañante se bajó, le chistó y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Felipe se acercó con la bicicleta en la mano y cuando llegó, lo agarró del cogote y le dijo con una sonrisa irónica:

—Pibe, dejate de joder con eso del grupito de la iglesia, porque la próxima vez vamos a ir buscar a tus sobrinos nosotros a la salida del jardín.

Le acomodó el cuello de la campera inflada y se dirigió nuevamente al auto. Las piernas le temblaban demasiado para subirse y salir rápido. Respiró y exhaló para largar todo el ahogo, pegó la vuelta y comenzó a caminar. Cuando logró un ritmo de corrida, se subió a la bici de carrera y en breves segundos estaba intentando meter la llave para entrar a su casa.

Pasó una semana y no supieron nada de él. No tenían teléfono, solo uno fijo de un vecino y un único celular. Días más tarde, una de las integrantes se lo cruzó en el microcentro, y al preguntarle qué le había pasado se desayunó del extraño evento.

La marica no creyó en el cuento que narró su compañero, lo único que pensó fue que era realmente el que más dudas había demostrado con respecto a toda la acción de propaganda que habían lanzado, y en caso de ser cierta su crónica, habían dado con el más débil de la cadena. Felipe nunca más se acercó al grupo.

Una periodista cercana al grupo de laicos por pedido de la marica fue a buscar al sacerdote para preguntarle sobre las declaraciones de los ex detenidos desaparecidos en el CCD “La Escuelita”. La periodista no tenía más de veinte años y la entrevista fue producida para un medio local alternativo, el más antiguo de esa ciudad. Ningún medio replicó la primicia, que parecía interesar solo a una veintena de ciudadanos y ciudadanas con ética eclesial y social.

La inteligencia había logrado desarticular y atemorizar a uno de sus miembros. Sumado al vacío de otros grupos de la pastoral social y de catequistas progres, la potencia de los autoconvocados duró hasta fin de ese año, cuando la Iglesia pedía perdón por no haber sido categórica en la lucha contra el nazismo. La dirección central de inteligencia de la provincia recibió el último memo:

“El accionar del grupo político Laicos Autoconvocados se ha desarticulado luego del accionar del Agente Luis. Uno de sus integrantes dejó de participar y ha desalentado a otros sobre el carácter cristiano del grupo. Podemos afirmar que de la veintena que fueron en un principio hoy sólo quedan un grupo de cuatro personas. El único miembro que no pertenece al barrio donde está ubicada la capilla Sagrado Corazón

es Cristián Prieto. El nombrado fue rigurosamente estudiado sobre su concepto moral. Hemos podido corroborar que no posee relaciones con mujeres y además es nombrado por ex compañeros de escuela como maricón. Razón por la cual el único ámbito donde ha sido aceptado es en la iglesia. Cabe aclarar que posee un legajo del jardín de infantes donde las profesionales ya habían alertado a sus padres sobre el comportamiento afeminado del nombrado. Se les instó a que lo incentiven a realizar actividades que lo hagan identificarse con su propio sexo, sin obtener, a las vistas está, resultados satisfactorios.”

Informe de Inteligencia, Noviembre 2000.

La marica, luego de diez años, estaba trabajando como investigadora en un archivo de la inteligencia para comprobar las responsabilidades de los militares, civiles e integrantes de la Iglesia en la última dictadura militar. Así encontré los legajos que hablaban de ese grupo del cual había formado parte. De cómo habían rastreado mi legajo del jardín de Infantes, y de la veracidad del relato de Felipe. Relato que había desestimado pero que había encontrado por medio de los informes de inteligencia.

Me había preguntado durante muchísimos años las causas de mi putez. Un día caí en la cuenta de que no debía indagar más sobre las causas, porque no las había, podía ser una ilusión. Había devorado el libro de Manuel Puig, y había hecho más las explicaciones de la psicóloga que ponía como pie de página sobre los estudios de la homosexualidad. La que más me cerraba era la que explicaba la posición del niño marica: en oposición al machismo y violencia expresada por su padre. Y en cambio elegía, de los modelos conocidos, el de la ternura y belleza de su madre. Ese esa era yo.

Cuando una sale y ya no se sabe única en este mundo heteropatriarcal, las almas de las locas de la “Rosa” Perlongher, de la Jáuregui, de la Lohana y tantas otras nos envuelven en sus brazos y en sus tacos y ya no estamos más solas. Lo que viene es un intento de reconstruir las memorias maricas. No hay una sola

memoria, no hay una memoria en mayúsculas. ¿Cuál será la silueta de lxs desaparecidxs TLGB? ¿Cómo será el rostro de aquellxs que pusieron el cuerpo como ofrenda amorosa ante el espanto dictatorial, democrático y ante la mirada fascista al desviado? Cuando el deseo quema, no hay alternativa, no existen los armarios, ese invento moderno de la oscuridad heterosexual más baja de nuestras mentes.

Esta marica indagó una vez más en los archivos de inteligencia de la Policía bonaerense y, ante el prejuicio institucional que rezaba que las travas, las tortas y los putos no fuimos perseguidos, que esto de la diversidades es un invento de los años noventa y que ellxs no fueron perseguidxs políticxs, esta marica buceó por los expedientes de la ex DIPPBA. Y para su sorpresa encontró cientos de fojas que hablan del espionaje a las personas para saber de su moralidad. Somos llamadas amorales sexuales, pederastas, homosexuales, afeminados, amanerados, transexuales y mujeres hombrunas. Persecución, espionaje, seguimientos también fueron palabras utilizadas para mirar a las locas en todo el período de existencia de la inteligencia (1957-1998). Claramente no fuimos el objetivo principal de la última dictadura militar a exterminar, pero fuimos espiadas desde el principio hasta el final de la actividad del servicio de inteligencia. Con gobiernos democráticos, con dictaduras, con la existencia de edictos que nos penalizaban o sin ellos: sólo para enderezarnos o para no ser las frutas podridas que invitaran a otrxs a pudrirse con nosotras.

Si hiciéramos un museo de la memoria marica con cada uno de los calificativos con que nos han nombrado, con cada una de las aberraciones vividas en nuestros hogares, con los legajos de las mariposas en las instituciones educativas, eclesiales, policiales y empresariales, ¿quién nos podría discutir la persecución sistemática hacia nuestras cuerpos?

Esta marica bahiense es quien escribe y quien ha pensado casi obsesivamente por dónde husmear para encontrar alguna marca de una verdad insoslayable. No tendremos juicios de lesa mariconidad, no tendremos familiares que pidan aparición con vida. No buscarán los huesos de las maricas/travas ningún equipo de antropología. No levantarán los puños izquierdos los dirigentes de los partidos más combativos de las historia. Las alamedas serán sólo para aquellos

heroicos que dieron la vida por un mundo mejor. Nosotras nos quedamos con esas pajas apresuradas con los chongos después de la jornada laboral o con el sodomo beso en la plaza donde luego jugarán lxs niñxs. Nos quedamos con el aquelarre al frío de las zonas rojas y con el sexo apresurado en el descampado del barrio que no nos ve. Para nosotras la memoria se clava como un taco aguja en nuestras espaldas cuando despedimos impávidas a las diosas de nuestras resistencias.

Para ellas, estas historias de amores clandestinos.

Julio 2016

Las siguientes páginas dan cuenta de la investigación realizada por el autor en el ex archivo de la DIPPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires) sobre la persecución y espionaje a los cuerpos disidentes (gays, lesbianas y travestis). A partir de dicho relevamiento seleccionó tres casos que ejemplifican en toda su dimensión el seguimiento a personas por su orientación sexual.

Los relatos fueron realizados en diferentes períodos históricos: el primero antes de la sanción del Edicto Contravencional N° 8031/73 del año 1973, que criminalizó al colectivo hasta que fuera derogado en el año 2008; el segundo, durante la última dictadura militar; y el tercero, a principios de los años ochenta.

Ante el vacío de las producciones sobre lxs desaparecidxs en clave LGT, este libro de relatos viene a contar algunas historias, específicamente de varones gays que fueron catalogados por la Inteligencia de la Bonaerense como *amorales sexuales*.

Todas las historias de este libro son casos ficcionados. Todos los datos de las personas son una invención. Se han respetado los estilos de redacción de los informes de Inteligencia y se han tomado de la historia reciente datos de las organizaciones políticas, hechos sociales y culturales de nuestro país y el mundo.

EL PROFE DE LAS BELLAS ARTES

Terminaron los últimos exámenes y el Bachillerato de Bellas Artes de La Plata se prepara para la gran apuesta anual de 1967: la feria de ciencias de fin de año. En ella los grupos de profesores y alumnos exponen el trabajo que estuvieron realizando durante los ocho meses de cursada. Corren los años 60: imaginación por todas las paredes de las escuelas; jóvenes que discuten el *Manifiesto Comunista*; que descifran *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, a la vez que miran con romanticismo la Revolución de los barbudos en una pequeña isla caribeña.

También se habla en los pasillos del Bellas Artes de los grupos de mujeres autónomas que se juntan para “autoconocerse”. Las chicas del sexto año han tenido acercamiento con esas universitarias que les relatan las experiencias en los talleres íntimos donde las participantes reconocen sus órganos sexuales y los beneficios que otorga el clítoris a la hora de descubrir el placer.

Mientras se traducen textos de las Panteras Negras y su apoyo a los movimientos de liberación sexual y de homosexuales, llegan noticias de mujeres marxistas organizadas alrededor de la demanda del reconocimiento del trabajo doméstico, denunciando la naturalización de esa tarea en manos del género femenino.

Un grupo numeroso de estudiantes está maravillado con la personalidad de Antonio Martínez, el jefe del Departamento de Historia y Geografía, conocido ampliamente como “El Profe” Martínez. Goza de un estrellato entre los alumnos por su capacidad de captarlos con historias de sus viajes por Europa y varios países de Latinoamérica. El Profe tiene un estilo totalmente innovador: suele proponer rondas de diálogo o conversatorios sobre los temas que sus alumnos proponen. Es un verdadero ejemplar de la nueva pedagogía democrática dando vueltas por las diagonales de la ciudad capital.

Las chicas conversan con él sobre sus novios; ellos, sobre las posibilidades de encararse a las chicas más lindas del curso, y también cómo discutirles política. Sin embargo, la sospecha siempre está a la vuelta de la esquina: Martínez comparte su departamento con otro profesor, no se le conoce novia y siempre está rodeado de jovencitos.

En cada vuelta de sus viajes trae literatura inédita y sus alumnos hacen largas esperas para poder leerla en los recreos.

A los préstamos los canceló luego de que las devoluciones se hicieran casi imposibles en los últimos años, ya que los egresados no se los devolvían más.

Pero lo que más atrapa es su manera de comunicarse: por momentos se refiere a sí mismo en femenino (siempre en complicidad con mujeres), sin ningún prejuicio al hablar de los amoríos propios y ajenos. Es una diva enclosetada en el Departamento de Historia y Geografía de Bellas Artes.

El Profe Antonio Martínez está por llegar a los cuarenta años. Se dice en los pasillos que años atrás engatusó a uno de sus alumnos: Ariel Hernández, joven estrella del Bachi. No sólo era el más inteligente en las ciencias sociales, sino también un referente del centro de estudiantes. Hernández se había unido al Profe Martínez de tal manera que cualquier excusa era válida para llamarlo a su casa, para hablarle en los recreos o tomar un café lejos de la escuela para hablar sobre teorías que seguramente él tendría más claras.

Las autoridades del colegio habían mandado a tapar una pintada del patio que rezaba “Martínez y Hernández” dentro de un corazón de color rojo. Era tan evidente la fascinación del uno por el otro que nunca se animaron a contradecir ninguna habladuría.

Pero volvamos a finales de 1967, cuando los alumnos y docentes terminan sus trabajos finales. Esa es una nueva oportunidad para demostrar el interés de todos en las ciencias sociales. Con cada feria, desde que está Martínez en la escuela, se ratifica el apoyo incondicional de toda la comunidad educativa hacia su trabajo pedagógico. Amigos y compañeros, enemigos y detractores, asisten para ratificar la mirada o la crítica hacia el docente.

Por los pasillos no se para de hablar de “las nuevas propuestas democráticas” del docente de Bellas Artes. En el sector estudiantil, el Profe es el que banca las discusiones y se pone a buscar bibliografía para formar a los nuevos cuadros de la Escuela Superior.

En todos los colegios donde trabaja el Profe se solicitaron informes a los directivos sobre su modo de actuar, ya que generó muchos cuestionamientos a las autoridades. Llegó una denuncia anónima a la Central de Inteligencia de calle 54, pidiendo que se investigaran las relaciones del profesor: sus vínculos dentro y fuera del establecimiento.

Asunto: Informe Ambiental

El causante se ha evidenciado a través de las investigaciones realizadas como un elemento amoral, de ideas izquierdistas, que presenta una fuerte personalidad egocéntrica, circunstancias perfectamente establecidas en los antecedentes que se detallan a continuación. Con fecha del 20 de mayo de 1965, se inicia un expediente n° 1200-280.080/65 a raíz de una nota presentada por una profesora de la casa, en la que solicita la concreción de un sumario administrativo en su contra. Los fundamentos expuestos en dicha nota dan la primera pauta de la personalidad de Martínez, pues mencionan que en su carácter de jefe de Departamento impuso a éste un funcionamiento con "técnicas modernas" por las cuales "la lectura de un informe no puede ser interrumpida, ni se puede mantener diálogo". Asimismo se menciona una crítica efectuada por el causante durante una reunión, en la que acusó a la profesora iniciadora del sumario, de "chismosa de pasillo" a raíz de que esta lo había tratado de socializante, se había inmiscuido en su problema sexual y enjuiciado su actuación como jefe.

10 de Mayo de 1967

Se realizan las últimas reuniones y balances entre todos los docentes y se prepara la cena de fin de año: todo parece marchar con normalidad. En reunión de profesores, al terminar la discusión del calendario de la feria, la profesora Patricia Bustos pide la palabra y entrega unas hojas a cada uno de los presentes. Se trata de una carta pidiendo que se le inicie un sumario administrativo a Martínez. La justificación: se sospecha que aquel puede interferir en la educación de todos los alumnos y llevarlos a cometer actos inmorales. Esta docente tuvo varios cruces con el profe de Historia, por diferencias en su metodología "socializante".

Para ella, una cincuentona tradicional, oriunda de Villa Cañás, Santa Fe, las clases de Martínez son un tanto desordenadas, con mucho tiempo dedicado a la charla y poco afianzamiento de los contenidos. Luego del altercado en la sala de profesores, donde él la tildó de “chismosa de pasillo”, se había decidido a iniciar el proceso administrativo. La docente se jactaba de haberse cruzado a Martínez y Hernández por fuera del colegio. Todas estas circunstancias la hacían acreedora de un privilegio: dar por ciertas las habladurías sobre el Profe.

El esposo de la docente es un agente de investigaciones con relaciones en el edificio de la central. Ella le advirtió de esta situación para que estuvieran atentos, por si era necesaria alguna pesquisa ambiental para terminar de comprobar los comportamientos amorales del docente. Ella “estaba segura de su indecencia”.

El Profe tenía conocimiento de las normativas con las cuales se detienen —por sus actos amorales— a los supuestos pederastas, y por ello se cuidó muy bien. Había sido selectivo en sus amistades con hombres amariconados para eliminar sospechas. Por eso viajaba mucho: en otros lugares se permitía vivir algún amorío de verano.

Sus regresos a la ciudad de La Plata eran para él verdaderos escarmientos porque allí no podía vivir plenamente su deseo. Varias veces, si iba de regreso a su casa acompañado por algún profesor, percibía cómo se multiplicaban las miradas sobre su nuca. Por momentos creía que estaba siendo seguido. Las locas son perseguidas, había escuchado alguna vez, pero nunca más había vuelto a saber sobre ello. Pero son seguidas, eso es claro. Pero él no era ninguna loca, sino un reconocido profesor de Historia de currículum intachable.

El encuentro con Ariel Hernández y Patricia Bustos había sido determinante. Desde entonces, no sabía cómo hacer para no sentirse observado. A inicios de los 60, solía encontrarse con un grupo de alumnos en su casa de calle 8, pero tras el altercado con Bustos prefería juntarse en lugares públicos para que todos pudieran ver que sus reuniones podían hacerse a la luz del día. Él no era ningún desviado.

Aquel día, Antonio Martínez no había concurrido a la reunión. Estaba con los alumnos ultimando detalles de la muestra en el

salón de actos. Cuando regresó a la sala de profesores, vio la cara de todos los presentes y preguntó si sucedía algo. El de Literatura, su amigo personal, le contó lo que había pasado y Martínez empezó a preguntarle a Bustos qué pretendía con toda esa puesta en escena. Muchos de los docentes intentaron calmarlo: le aseguraron que el sumario no tendría asidero ya que su trayectoria era más importante que todo lo que se decía de él. Bustos señaló que tenía el apoyo de varios docentes, ya que veían en su pedagogía las mismas arbitrariedades que se cometían en los países comunistas, y que su dudosa moralidad era el dato definitorio para el fin de su permanencia en el establecimiento.

El Profe salió nervioso de la oficina; sus alumnos lo esperaban en el patio para matear y terminar de discutir detalles de la muestra, que este año estaba referida a las sexualidades a través de la historia. Cuando sus alumnos lo vieron desahogado, agarrándose la cabeza y limpiando sus gafas en forma intermitente, le preguntaron qué le pasaba. Con los ojos desorbitados, el Profe intentó explicarles. Uno de sus alumnos indagó:

—¿A usted lo quieren echar por homosexual?

—Sí, es así, gurí. Parece que la Bustos inició un sumario en contra mío, por ideas izquierdistas y por amoral —contestó Antonio Martínez, limpiándose la transpiración de la frente con un pañuelo violeta.

El revuelo comenzó a gestarse entre la muchachada. Unos arengaron que si lo echaban no iban a hacer la muestra y que ésta tenía que llevar un lema: “Por el derecho a ser como se nos dé la gana”. Dijeron que al día siguiente harían una sentada hasta que el sumario se diera por terminado y que no había ninguna dudosa moralidad: eran más inmorales las autoridades si pretendían que un rumor malintencionado pudiera más que todo el conocimiento que Martínez compartía con los jóvenes del Bachi.

Al día siguiente llegó a las 7.15 de la mañana con la esperanza de que lo del día anterior hubiera sido sólo una locura de fin de año. Ya a varios metros del establecimiento empezó a escuchar murmullos, y cuando dio la vuelta en la esquina vio a algunos de sus alumnos sentados en círculos debatiendo, mientras otros pintaban unas banderas que decían “¡El Profe Martínez del Bachi no se va!”. Allí comenzaron a caerle las lágrimas, y recordó para sí que la última

vez que había llorado tan aguerridamente fue el día en que Ariel se despidió cuando partió a España por un viaje obligado. Su familia se había enterado de su romance y, luego de unos días de encierro, lo enviaron allá: lejos de él.

El Joven Maravilla

Había sido delegado de su curso en los cinco años transcurridos en el Bachi. Era el segundo del Profe y sus amigos más cercanos lo llamaban “el Joven Maravilla”. Y aunque los más íntimos le advertían acerca de las sospechas de que Martínez fuera pederasta, él nunca respondía a esas afirmaciones.

Esta relación casi simbiótica entre profesor y alumno estaba en pleno auge en el año 1963: el quinto año del Joven Maravilla. El último año siempre tenía algo de nostalgia; de mirar hacia atrás y ver qué vas a ser el resto de la vida que te queda por delante y, en ello, mucho deseo de explorarse.

Las miradas en las clases, la complementariedad en las ideas era algo que les había llamado siempre la atención. Ariel y Antonio poseían un código difícil de visualizar, casi mágico. Cuando alguno de los dos se sentía triste, se pensaban. Cuando había una enorme alegría, también se pensaban. Y al día siguiente, la promesa de verse en clase o en los pasillos del Bachi era la esperanza del encuentro: de que el corazón latiera una y otra vez.

El profesor había estado cesanteado por su reivindicación del peronismo y de la clase trabajadora en alguna de sus clases. Había sido tildado de peronista por un hijo de terratenientes; esa había sido la razón para estar unos cuantos años guardado. En ese ínterin, trabajó traduciendo textos para un grupo selecto de intelectuales que estudiaban literatura francesa. Le habían dicho que dejara pasar unos años y que volviera a hablar con el director. Y así fue que en 1960 regresó al Bachi y conoció al Joven Maravilla.

La historia podría resumirse contando el primer encuentro por fuera de la escuela, ya en 1963. Antonio le había pedido que le devolviera unos manuscritos en el que trabajaba, pero como el Joven se olvidó de llevarlos al día siguiente, le propuso dejárselos por su casa. A eso de las siete de la tarde, Ariel pasó

por el departamento del Profe. Al entrar, comenzó a mirar con sorpresa toda esa casa llena de libros, cuadernos de viaje y fotos de lugares extraños.

Entre café y café conversaron sobre aquellos viajes; sobre las cosas raras que el Profe había visto y oído. En eso Ariel se animaba a preguntarle sobre su vida personal: si salía con alguien, si había estado de novio y cómo había sido su primera relación sexual. Al rato se produjo el primer silencio, se miraron y el Profe, petrificado, decidió salir del momento diciéndole que la primera vez no es nunca la mejor. Que hay que sacarle todas las expectativas: que por eso los muchachitos suelen estar primero con una prostituta para luego tener experiencia con sus propias novias y no quedar como papanatas.

Ariel se atrevió y le preguntó:

—Disculpe, profe. Usted sabe el cariño que tengo por usted y el respeto, sobre todo. Pero quisiera saber por qué dicen que es un perverso.

—¿Quieres saberlo en serio? —retrucó Martínez.

—Sí, claro, profe. Es que no se entiende qué quieren decir con eso.

—Mirá, yo no me siento orgulloso de lo que siento. Debo aclarártelo, pero es lo que me sucede. Yo no tuve novia, o mejor dicho: tuve novias de adolescente, pero nunca tuve una relación sexual con ninguna mujer. Me siento mejor con hombres.

El silencio los tomó por sorpresa. Ariel se rascaba detrás de la oreja.

—Entonces a usted lo llaman perverso. ¿Por eso?

—Exacto, Ariel. Espero que luego de esta confesión no me mires raro ni te dé vergüenza de que te vean en el patio de la escuela conmigo.

—Jamás, profe. Usted sabe que yo lo admiro mucho y que nada podría alejarme de usted.

Nunca más volvieron a hablar sobre el tema y la confianza creció aún más entre ellos. Llegó la feria de fin de año: trabajaron codo a codo para que estuviera la visión de los estudiantes en el stand titulado “¿Para qué estudiamos?”, donde se podían ver relatos de los y las estudiantes sobre qué hacer en adelante con todo lo que habían aprendido en el Bachi.

En el acto de fin de curso, Ariel lo había buscado para brindar con él. Ese día le había dicho:

—Brindo por usted, profe. Para que nos volvamos a encontrar por la vida.

Esa promesa quedaría guardada en la memoria de los dos.

Reencuentro

En los siguientes años no volvió a verlo a Ariel. Pensó que habría conocido a alguna jovencita de la facultad o que se había ido a estudiar lejos. Pero un día, cruzando Plaza Rocha (ubicada frente de la radio de la universidad de La Plata, entre las calles 7 y 60), se lo cruzó cuando aquel repartía volantes para una variedad cultural en su facultad. La sorpresa de ambos fue tal que Ariel corrió a saludarlo y se le cayeron todos los volantes, mientras su compañero de volanteada los iba recolectando detrás. Con el Profe quedaron en verse en la plazoleta de 8 y 61 (hoy conocida como Plazoleta de la Noche de los Lápices) una hora después de que ambos se liberaran. Una vez allí, Ariel prendió un cigarrillo y le convidó. El Profe le agradeció y le dijo que quería llegar sano a los 35. Ariel se largó a reír y le dijo:

—Yo no creo conocer persona más sana y culta que usted, profe.

—No me trates más de usted, Ariel. Ya no estamos en el Bachi: somos dos personas charlando en la calle.

—Tiene... tenés razón, Antonio. Somos dos personas por fuera de la escuela. Eso está bueno, ¿no?

—Sí, claro, Ariel. Vos ya sos adulto, estudiás, hacés volanteadas y seguro andarás en amores con alguna chica.

—No se equivoque, Antonio. Tengo mi corazón reservado para alguien especial y cuando llegue el momento veremos qué hacer.

—Cuánta intriga, Ariel. Pero, bueno, no te invito a casa porque hay un compañero profesor del Liceo que está parando momentáneamente.

—Y vayamos a caminar por ahí, profe. Perdoná: Antonio.

Caminaron varios minutos por calle 8 cerca del Bachillerato y de la escolita de Trabajo Social. Se cruzaron con algunos hombres que los miraban de una manera poco común. Ninguno de los dos sabía que era zona de levante entre machos. Sin querer, la estaban inaugurando juntos.

Esa noche quedaron en verse en la variedad de los estudiantes donde estaba Ariel como organizador. Se dieron un abrazo y cada uno se fue por un lugar diferente. Antonio temblaba por la alegría de haber vuelto a ver a Ariel, y el Joven Maravilla estaba más entusiasmado que el día de su egreso del Bachi.

Al día siguiente, el Profe retomó sus actividades en el Bachi, caminó por las mismas cuadras que la noche anterior y sonrió mirando hacia arriba: hacía mucho tiempo que no sentía un optimismo de película romántica.

A ambos les había quedado en la retina la imagen de los hombres caminando y mirándose en calle 8. A Ariel, la figura de un hombre que le había guiñado el ojo. No había querido decirle nada a Antonio para que no se distrajeran de la charla de reencuentro.

La variedad estaba llena de estudiantes universitarios y de otros más jóvenes colados de algunas de las escuelas de La Plata. Ese día se leería un manifiesto de la cultura juvenil que retomaba otros manifiestos que estaban circulando, como el de los Muralistas de México: se sacaban a relucir los preceptos del Sindicato de Artistas, toda una apuesta en La Plata, en el último país del sur.

Antonio llegó una hora más tarde de lo estipulado. No quería entrar primero y ver a muchos jóvenes y no saber qué hacer ni con quién relacionarse. Por suerte había tanta muchachada y gente de su edad que pasó totalmente desapercibido. Se pidió un vino y se sentó en una banqueta, junto a unos estudiantes que discutían el volante de los artistas. Un par de ellos habían sido sus alumnos.

—Profe Martínez, ¿qué hace por acá? —le preguntó un excompañero del Joven Maravilla.

—Estoy viendo lo que hacen. Está muy bueno el volante y el lugar. Los felicito.

—Qué bueno que haya venido, profe. Mucho de esto se lo debemos a usted. ¿Lo vio al Ariel? Anda por ahí, en la barra.

—Sí, luego lo saludaré —contestó, ocultando la ansiedad.

Al rato Ariel pasó corriendo por su costado pero no lo vio; cuando pegó la vuelta, le sonrió:

—Antonio, pensé que ya no venía.

—Cómo no iba a venir, Ariel. Muy completo todo: el volante, la propuesta y el lugar. Se nota que han trabajado mucho.

—Sí, hay otros compañeros del Bachi y siempre nos acordamos de sus clases y de su apoyo a nosotros. Esto también, de alguna forma, se da gracias a vos.

—No, ustedes son muy activos, Ariel. Les encanta generar revuelo por todos lados.

—Deme cinco minutos que busco a alguien que me reemplace en la barra y charlamos.

No se opuso: al rato charlaban con sabor a vino tinto y al tabaco negro de Francia que fumaba Ariel, mientras hablaban del manifiesto. Entre vaso y vaso, y luego las empanadas que hicieron unos compañeros, Ariel le preguntó:

—Y su manifiesto, ¿cuál sería o cómo sería? ¿Qué manifestaría?

Antonio suspiró y le contestó sonriendo:

—Uno que hable del amor por sobre todas las barreras, Ariel. No el amor romántico de Corín Tellado. Te hablo de esos amores a prueba de todo: de guerras, de prejuicios; sobre todo de prejuicios.

Ariel pensó que había sido la mejor sonrisa que le había visto a Antonio. Como hipnotizado, sonrió a su vez y pronunció:

—Eso es posible. Yo creo, quiero creer que es posible, Antonio. Yo no sé lo que es el amor. Nunca tuve un amor, nunca me besé con alguien apasionadamente. Pero créame que me muero de ganas.

—Ahora creeme a mí, Ariel. Eso lo sentís acá. —Se levantó y le tocó el pecho—. Cuando lo sientas ahí, no dudes. Es el lugar.

Ambos estaban rodeados de estudiantes, de chicas bailando, de muchachos discutiendo y haciendo “el cuatro” para jurar que no estaban borrachos. Unas guitarras se escuchaban de fondo; el Profe se volvió hacia su silla y le dijo:

—Ahora el que siente que tiene que salir corriendo soy yo porque me meo. Decime dónde está el baño, por favor.

—Venga, perdón, vení que te acompaño. Está medio oscuro.

Se abrieron paso entre los pibes, cruzaron un patio con focos pintados de colores y llegaron a un cuartito con un inodoro y un lavamanos.

—Es acá, Antonio. Yo le cuido la puerta así no se le mete ningún pibe borracho.

—No te preocupes. Me puedo cuidar.

—Sí, ya lo sé, pero déjese cuidar un poquito hoy.

Mientras esperaba afuera, intentó prenderse un cigarrillo, le erró y se dio cuenta de que estaba mareado. No había caído en la cuenta de que estaba tan borracho.

—¿Estás bien, Joven Maravilla? —le gritó el Antonio desde el baño.

—Sí, sí. ¿Por qué lo preguntás?

—Sentí como que te caías.

—No, es que me estoy pillando yo también. ¿Me deja entrar?

—¿No podés esperar? —No terminó de pronunciar la pregunta que Ariel ya estaba adentro. Antonio se estaba lavando las manos y le dijo:

—Bueno, ya estás adentro. Meá tranquilo.

Ariel puso la traba a la puerta del baño, le tomó las manos y lo miró a los ojos.

—No sabés los años que soñé con esto: que me vieras no como un estudiante de secundaria ni como un niño. Que me agarraras de las manos y me miraras como un hombre. Como me estás mirando ahora.

Antonio le apretó las manos con fuerza.

—Estamos refritos, Ariel.

—¿Eso qué quiere decir? Dígame, ¿qué le pasa a usted conmigo? ¿Es sólo que sigue su rol de profesor o está acá porque me vino a ver? Dígame la verdad. Después veremos cómo hacer para enfrentarla.

Antonio lo soltó, lo agarró por la espalda y le llevó su cabeza al pecho.

—Ariel, estoy acá porque no puedo dejar de pensar en vos.

El Joven Maravilla, consternado por el alcohol y la situación, se largó a llorar compulsivamente. Lo abrazó fuerte y, cuando calmó la intensidad del llanto, levantó su cara y le dio un beso en la mejilla. Antonio se dejó llevar: lo besó en los ojos, la nariz, y probó el agua que salía de los ojos del joven. Cuando al fin llegó a su boca, los dos se descubrieron su humedad. Su respiración aumentaba: Ariel lo llevó contra la pared y probó el placer del cuello y las orejas. Los amantes saben dónde están los lugares que los pueden llevar a las estrellas.

—¡Ey, muchachos, necesito hacer pis! —oyeron del otro lado de la puerta.

El susto fue tremendo, pero Ariel salvó la situación.

—Rajá de acá, Colo, que estoy ocupado. Después te paso un cigarro franchute.

Luego se miraron sin decirse nada. Antonio le dijo que saldría primero, iría a la barra por un vino y preguntaría por él. Y que Ariel debería caer en diez minutos. A éste le pareció atinado y comenzaron el plan de vuelta.

El Profe estaba en la barra con otro vaso de vino: ya había perdido la cuenta por cuántos iba. Trató de tranquilizarse. Pensó en irse corriendo del centro cultural y desaparecer de la vida de aquel exalumno. Pero no podía ser tan cobarde. Acababa de decirle que su manifiesto era por el amor, el amor a prueba de todo, y no podía correr por el miedo a vivirlo.

Al rato llegó el joven y le dijo:

—Ey, profe, lo había perdido de vista.

Se pidió otro vaso de vino y trataron de retomar la charla previa al encuentro del baño.

—No puedo, no puedo hacer como si nada, Antonio. Vámonos a su casa.

—Ariel, debo confesarte que me estoy muriendo de miedo. El amor a prueba de todo es difícil.

—No me diga que se va a rendir, porque eso sí me dolería muchísimo.

—No me trates de usted, por favor, que hace todo más difícil.

—Bueno, Antonio, de su mano yo me animo a todo. Vámonos.

—No, hagamos una cosa. Yo me voy y mañana, tranquilos, nos vemos y hablamos de esto, ¿te parece?

—¿De qué vamos a hablar? Yo quiero estar con vos.

—Igualmente, yo me voy ahora. Vos terminá con tus cosas acá y cuando termines andá para mi casa.

—Hecho, Antonio. Termina esto y me voy a verlo.

El Profe salió despidiéndose de algunos exestudiantes, volvió a felicitarlos y se fue mirando hacia abajo. Al llegar a la calle le dieron unas ganas locas de fumarse un cigarrillo. A una cuadra de Plaza Rocha se cruzó con un joven medio desaliñado y le pidió uno; el joven le tiró un beso al aire y le dio un cigarrillo negro.

“De repente la gente está llena de amor”, pensó irónicamente el Profe, y se fue fumando a su casa. Al llegar, vio tendido en el

sillón a su compañero del Liceo. Lo despertó y le pidió que se fuera a su habitación. Ordenó algo la suya, y la cocina. Hacía tanto que no estaba con alguien y no sabía cómo comportarse. Trató de hacer cosas para no dormirse.

Cuando ya había terminado de poner una manta en el sillón, sintió unas piedritas que caían sobre el techo y pensó que ya había llegado. Entonces lo vio: Ariel esperaba sonriente en su puerta. Antes de que comenzaran a ladrar los perros o se despertaran los vecinos, salió a abrirle. El joven le dio un beso en la puerta y el Profe lo retó.

—No, no me beses afuera. ¿Sabés el quilombo que se arma si nos ven?

—Sí, déjeme decirle, profe, que estamos metidos en flor de bolonqui.

—Bueno, no hablemos de eso ahora.

—No, no. Vayamos a su habitación.

Antonio lo agarró de la mano, al entrar apagó la luz y encendió el velador de pie. Lo comenzó a besar mientras le sacaba esa camisa beige mal abotonada. Los pantalones le quedaban grandes, pensó. Ariel repitió el acto con él.

—Qué rico olor tiene en el cuello, profe, qué rico.

—Si me duermo, Ariel, no salgas de la habitación, que está el profe de Matemáticas. Acordate.

—No, no me voy sin antes avisarle.

La noche sucedió entre cosquillas, besos, abrazos y roces de sus miembros. El Profe acabó varias veces, pero su Joven Maravilla no tantas como hubiera querido. El otro sentía cómo su respiración se topaba con el cuello de Ariel, pensó que eso era el amor y se durmió cerca de las cinco.

Ariel se levantó varias veces al baño, aún mareado por el alcohol. De a ratos se despertaba: agarraba la mano del Profe, se la llevaba al pecho y susurraba:

—Sienta esto. Sienta cómo va este corazón.

Más tarde, cuando lo oyó regresar del baño, el Profe se despertó medio asustado.

—Ariel, ¿qué hacés?

—Me visto, profe. Me tengo que ir a casa, si no, mis viejos me echan.

—Sí, andá. Te alcanzo hasta la parada del bondi, si querés.

Salieron por el garaje, subieron al auto y fueron hasta la parada de calle 13 y 72. Ariel lo saludó con un beso en la mejilla y corrió: justo llegaba el colectivo de las 7.30.

Al subir, alguien lo llamó con la mano desde atrás.

—Hola, ¿no te acordás de mí, Hernández?

—Buen día, profe Bustos. No la había visto.

—¿Qué hacés por estos pagos? ¿Vos no sos de Ringuelet?

—Sí, es que me quedé a dormir en lo de un amigo, porque ayer salimos.

—Ah, bueno. Estarás cansado.

—Sí, sí, nada que no se arregle con una buena siesta.

Se dio vuelta y pensó en todas las posibilidades de que la Bustos lo hubiera visto bajarse del auto del Profe. Sacó cuentas y sintió un escalofrío tremendo por haberse encontrado, justo a esa hora, a la chismosa de la Bustos. Detrás, ella sonreía, pensando en lo que había visto.

Parte de inteligencia

Según las declaraciones efectuadas por la Profesora Norma Bustos, podemos considerar que el Profesor Antonio Martínez, Jefe del Departamento de Historia y Geografía del Bachillerato de Bellas Artes, ha incitado a actos amorales a un joven de buena familia de esa institución. Luego de esta advertencia se han proseguido a realizar las averiguaciones pertinentes y es oportuno aclarar que dentro de la comunidad educativa goza de buen prestigio. No así en su barrio, ya que es considerado amoral sexual, que suele pernoctar con hombres de su edad y no se le conoce relación alguna con mujer. Con estas últimas averiguaciones podemos asegurar la mala vida del ciudadano en cuestión y se aconseja a la dirección del establecimiento que se le dé curso al sumario administrativo elevado por la citada profesora. Habiendo terminado el trabajo, le dejamos un cordial saludo a usted y su esposa.

Sin salida

Los padres de Ariel no lo dejaron salir por varias semanas: habían recibido un llamado con el dato certero. Desde entonces, lo interrogaron día tras día para que confesara sobre qué le había obligado a hacer el famoso Profe Martínez. Como Ariel sólo les devolvió el silencio, sus padres se indignaron y decidieron algo drástico: lo enviarían con su familia en Europa para preservarlo de las malas influencias.

El único que tenía acceso a Ariel era el Colo, porque su familia era una de las más adineradas de La Plata y aquel sabía hacerse bien el tonto en temas políticos. Ariel, cuando se enteró de que lo mandaban a Europa, le contó lo que había vivido. El Colo sólo le dijo que entendía el porqué de tal encierro; también que sus padres seguramente lo hacían por su bien. Ariel le rogó que no le diera más pálidas y le pidió un favor, el último favor de su amistad. Sabía que no iban a verse por muchos años.

Antonio intuía que el silencio y la desaparición de Ariel eran un signo de algo muy malo, pero no podía preguntarle a nadie. Por las dudas, no apareció por el centro cultural. Y no supo más. Hasta que un viernes, cuando terminaba la jornada, apareció el Colo en la sala de profesores. Le dio un sobre y le dijo:

—Yo no sé qué le hizo al Ariel, pero me pidió que le entregara esto.

Y desapareció sin dejarle posibilidad de que le retrucara. Antonio se fue al baño y se sentó en un inodoro. Abrió el sobre, que estaba hecho de una hoja con renglones, y vio la palabra “Profe”. Tras leer el contenido bajó la cabeza: era jodido respirar en un baño de adolescentes y, encima, leyendo aquella noticia. Salió, metió la carta en el bolsillo y se lavó la cara cuantas veces pudo.

Firmó el libro de actas, agarró su bolso lleno de trabajos y se fue a su casa. Allí seguía su compañero del Liceo, en plena separación con su esposa: lo había agarrado in fraganti con un amigo en su casa, un día en el que ella no debía llegar. Cuando le contó de la carta de Ariel, su compañero de vivienda lo abrazó y le sirvió un whisky.

Al día siguiente salieron temprano rumbo al aeropuerto de Ezeiza. A las 14 horas partía el avión del Joven Maravilla para España. La carta de Ariel decía que lo esperaría a las 11 en el

baño del aeropuerto. Allí no estarían sus padres, como todas esas semanas. Se podrían ver con tranquilidad.

Cuando llegaron, Antonio le pidió a su amigo que se fijara si veía a Ariel y a su familia. A los minutos volvió y le dijo que estaban en el bar: el joven lo había visto y le había guiñado un ojo.

—Yo que vos, voy al baño en este momento, aunque falte para la hora.

Antonio se había afeitado y se había puesto una campera de jean para tener un look más joven. Fue directamente al baño y se quedó detrás de la puerta. Unos segundos después llegó Ariel.

—¡Profe, perdóneme! Me tenían encerrado en casa. La chismosa de la Bustos llamó a mis viejos, dijo que nos había visto y no me dejaron salir más. Esta es mi primer y última salida.

—Ariel, me lo imaginé. Angelito mío, ¿a dónde te mandan?

—A España. Allá tenemos familia y un negocio donde voy a trabajar hasta que a mis viejos se les pase esto. Dicen que es una etapa, que ya se me va a pasar. Yo creo que no. Y no te preocupes, que negué cada cosa que me preguntaron.

—Tranquilo, mi cielo. Te creo, claro que te creo.

Se besaron. De ahora en adelante todo tendría gusto a poco, o a nada, para ellos dos. La nada misma, como esas nubes que el Joven Maravilla veía desde el avión, frente al sol, cada vez más lejos de su Profe. “La canción pinta el amor elevado, es como la represión de no poder alcanzar nunca el amor físico hasta grados superlativos. El propio tabú del sexo”, leyó en una revista del avión, que hablaba sobre la canción que hiciera estragos en el año 1969 de Serge Gainsbourg, la famosa *Je t'aime moi non plus*. No existen finales felices, pensó. Y lloró tanto como pudo: como le dio la gana. La señora que viajaba a su lado le agarró el brazo y le pasó un pañuelo. Lloró así, como la primera vez que había besado a Antonio, y se prometió volver a la plazoleta de calle 8 y 61 a buscarlo a la salida del Bachillerato alguna vez.

EL OFICIAL Y EL REVOLUCIONARIO

La llegada

Llegó a Retiro en una madrugada de marzo del 76. Después de bajarse del colectivo, se dirigió a la fila donde los uniformados pedían la documentación. En el hall central había un revuelo a causa de la detención de un hombre y un menor por averiguación de antecedentes. El mayor, con imagen de padre de familia, le reclamaba a su captor que no tenía idea de quién era el muchacho que se le había insinuado en el baño de la estación, que tenía una familia y valores. El oficial a cargo no dejaba de nombrar el 2H y algunas ofensas relacionadas con la moralidad.

El alemán no imaginó nunca que esa bienvenida sería el preámbulo de su destino.

El Frente de Liberación Homosexual había alertado desde el año 73 sobre los edictos policiales. En su boletín *Somos* de septiembre de ese año escribían: “Para reprimirnos la Policía apela a los edictos policiales anti homosexuales. Estos fueron dictados por funcionarios policiales en distintas épocas sin pasar jamás por la aprobación del parlamento. Es importante aclarar que ni la Constitución ni el Código Penal establecen pena alguna contra la homosexualidad en sí misma. Los edictos policiales se refieren a fiestas privadas y a estar en la vía pública acompañado de un menor de edad”.

En las plazas se los llevan por maricones, en los baños, por pederastas. En las estaciones de trenes, por sospechosos amorales, y en los bares, por libertinaje. Las corridas son comunes en cualquier intersticio, en cualquier rincón. Se confunden los subversivos con los amanerados. El silencio es la única ley y cualquier confesión puede llevarlos a la muerte.

John había aprendido castellano durante dos años con la intención de hacer un viaje a Latinoamérica para conocer las guerrillas de esta parte del planeta. No se sentía un ciudadano alemán común y corriente y su propia historia le generaba contradicciones. Igual algo sabía de antemano: creía que alguna vez sería protagonista de algo importante.

El oficial principal de la Policía Bonaerense no había formado pareja alguna. Había tenido algún que otro encuentro sexual en las

salidas de putas en la escuela de policía, pero nada formal. Lo había intentado con Luisa, una amiga del barrio, pero no habían “nacido el uno para el otro”, así le había dicho en una cita, cuando no pudo hacer el amor con ella.

“Nunca digas tu nombre”, sentencian en su cartilla de seguridad en el año que asume Cámpora, y donde los putos del Frente han decidido ir a recibirlo a Plaza de Mayo con pancarta y todo. “Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad, liberación de los presos políticos”, pintaron en el lienzo que ya es histórico.

El seguimiento

Al director de Inteligencia, Sede Central

Se estima que el mencionado ciudadano alemán ha ingresado al país por vía terrestre, desde el norte hasta la ciudad de Buenos Aires. Fuentes de la oficina de Migración aseguran que su documentación es real. Igualmente será observado durante diez días para dejar constancia de su no infiltración en la guerrilla. Cabe mencionar las últimas palabras esgrimidas por el personal de esa dependencia sobre la personalidad del inmigrante. Se aclaró que tenía modismos amanerados al caminar. Sólo a efectos de recaudar toda información a futuro es que agregó este dato. Seguiré manteniéndolo informado.

Cordialmente, Oficial Ppal. González

Raras veces el oficial se metía en detalles de este estilo, pero era cierto que a veces personalizaba algunos casos. Desde la Dirección de Inteligencia le habían enviado algunas fotografías de este ciudadano alemán, que no sabía por qué llamaba su atención de una forma inusual.

Esa semana se llevó unos legajos a su departamento donde estaban fichados los ciudadanos de otras latitudes que eran investigados para saber de sus procedencias ideológicas. El oficial

nunca había sido un ejemplo en visiones de seguridad, pero sabía que había que darle batalla a la subversión.

Ser oficial principal es una dedicación a tiempo completo para González. Pocas veces puede parar a descansar o a dedicarle espacio a otras cosas por fuera de la fuerza. Pero de vez en cuando llega a su casa con una botella de ginebra e intenta pensar en otras cosas. En esos momentos, un poco más relajado, se masturba y recuerda algunos cuerpos que no son de mujeres. Se transporta a sus épocas de comisario donde palpaba a los muchachos en los operativos previos a los clásicos, y se excita. Se le vienen a la cabeza imágenes de esos pequeños pantalones de los jugadores de fútbol, donde sobresalen sus bultos. Y ese día se le vino también la imagen de John. Cuando quiso acordarse en qué estaba pensando, eyaculó en el sillón, manchando las fundas tejidas al crochet por su abuela.

Al día siguiente, su jurisdicción era la responsable de inspecciones sorpresa a los albergues transitorios de la zona. Estaba decidido en hacerlas en persona ese día. Limpiar las calles de amorales era una máxima en pleno Proceso de Reorganización Nacional. Esta vez conocía al regente del edificio que utilizaba el lugar para los amantes de toda índole: de habitación de trabajo para las putas y para los travestis.

Es la mañana del viernes 23 de abril de 1976. En tres patrulleros, y él a la cabeza, entran al albergue Múnich. Sacan a todos a las patadas. Entre ellos a tres prostitutas, con tres clientes. En otra habitación hay un hombre disfrazado de mujer y dos jóvenes que no llegan a los veinte años. Y por último a un hombre de unos cuarenta años con el alemán que están siguiendo desde la Dirección de Inteligencia. Tal es su sorpresa que apura el operativo y en menos de una hora liberan a los tres hombres luego de amenazarlos con llamar a sus hogares. Al travesti se le abre un acta por infracción al edicto 2H y queda detenido. Al hombre mayor lo obligan a firmar el acta donde debe aceptar ser homosexual y queda libre. Y aunque pide entre lágrimas no ser llevado en el patrullero hasta su casa, lo transportan sin consideraciones luego de que González le dijera que “el país no necesita de viejos pederastas”. Los dos jóvenes quedan liberados sin consecuencias legales.

Al término del operativo, y a la vez que se le exige al dueño del local las enmiendas económicas para continuar con el negocio del sexo, el oficial se lleva al alemán a la comisaría. Allí lo interrogan durante cuarenta y cinco minutos dos comisarios rasos. Luego de no obtener ninguna información, decide llevarlo a la celda diminuta donde se apresan a los sospechosos de amoralidad sexual.

Ya de madrugada, mientras el ciudadano alemán dormita, entra el oficial con un vaso de agua. Intenta unas palabras en inglés, pero se da cuenta de que el balbuceo no es entendido y le habla en castellano:

—Ciudadano alemán, ¿es eso cierto?

—Sí.

—¿Qué se encontraba haciendo en el Múnich?

—Estaba pasando la noche.

—Pasando la noche con otro hombre. ¡Eso es pederastia!

—No sé a qué se refiere, oficial —contestó con un castellano asombroso.

—Me refiero, señor, a que se encontraba en un local de citas con otro hombre. ¿Usted es homosexual?

—...

—¿Es homosexual, John?

—...

Allí, en medio de la luz tenue, con un fuerte olor a lavandina y ya medio alucinando, el alemán lo mira a los ojos y se queda en silencio.

Ese momento para el oficial es el instante de la verdad, de su propia verdad. Cómo hacer que el muchacho confiese algo que ni siquiera él puede pensar. Lo agarra de los cabellos de la nuca, lo mira y el alemán dirige sus ojos hacia la entrepierna. El oficial lo aprieta hacia su cremallera mientras se le abulta el pene de angustia y deseo. En un momento siente que puede venirse y lo abandona dejando de inmediato la celda.

Al día siguiente, sin dormir, deja la disposición de liberar al ciudadano alemán. Sus órdenes son expresas: que no quede en el libro de registro, para no levantar sospechas que había tenido acercamiento a quien se investigaba desde la dirección en La Plata.

Ese día se pide un reemplazo con el oficial Menéndez, quien sigue en su cargo. Se lo solicita de manera personal para que lo

cubra. Menéndez era un oficial de policía de esos que no parecen tener ni un defecto: puntuales, sin tapujos en tomar decisiones y a la espera de un ascenso.

El primer encuentro

En su primer franco, luego de meses sin tener uno, no para de pensar en el momento en que tuvo al alemán con la cara en el cierre de su pantalón. Era lo más cerca que había estado de un hombre en años.

Ya en su casa en Abasto, se ducha y reposa durante tres horas en la cama de dos plazas. Sin mediar preguntas en su cabeza, se levanta, se viste de civil y se encamina a un bar donde le habían informado que solía permanecer el alemán.

Entre los pocos que se encuentran en el bar está John. El oficial no se baja, sólo queda mirándolo desde su Falcon desde la esquina. El alemán no parece estar tramando nada raro, pero ese lugar había sido escenario de varias razzias a estudiantes, y cualquier cosa puede pasar.

Se queda allí hasta que oscurece. Al encender el primer cigarrillo del nuevo atado, ve que sale John hacia la estación de trenes. Baja del auto y comienza a seguirle los pasos desde la vereda de enfrente. El alemán no parece estar a la defensiva luego de haber estado detenido. Eso lo hace sospechar al oficial, ya que no logra descifrar las estrategias del joven.

Cuando el alemán se queda esperando el tren, el oficial lo comienza a mirar de reojo. Piensa que puede ser su hijo, pero saca inmediatamente ese pensamiento de su cabeza. No puede serlo porque no tiene hijos. Y ese bello joven es un sospechoso nexa con la subversión y, a la vista, homosexual.

En eso el muchacho se encamina al baño de la estación. El oficial no duda y lo sigue. Le extraña que no haya nadie: ni uniformados ni agentes de civil, sólo ellos dos. Entra, lo observa en el mingitorio. El alemán se mueve para verlo y no lo reconoce. El oficial, perplejo, siente un hilo de transpiración por la nuca y va a lavarse la cara. El alemán continúa de frente a la pared. El veinteañero vuelve a buscar su mirada y el oficial se acerca, lo mira y toma su mano y la lleva a su entrepierna.

El joven comienza a tocarlo y se agacha para terminar con algo que no había logrado en la comisaría. El oficial le dice:

—¿Qué hacés? Tenemos que salir rajando de acá, pibe, nos pueden estar mirando.

Lo agarra del brazo y le ordena que lo espere en una calle, donde lo estará esperando dentro del auto. En menos de cinco minutos se encuentran yendo por un camino sin destino.

—¿Qué hacés? —le pregunta John, o mejor—: ¿Está de servicio, oficial?

—Si estuviera de servicio, te estaría metiendo preso, alemán irrespetuoso.

—Conque sabe mi nacionalidad. ¿Qué más sabe, oficial?

—Que naciste el 3 de abril de 1957, que llegaste por vía terrestre y que tenés relación con los subversivos de mi país. ¿Algo más?

—Relación con la subversión de su país. Usted sí que ha leído sobre Vietnam, ¿no? —le responde de manera desafiante pero a la vez tierna.

—No. Soy muy realista, John, nada más.

—Bueno, pero imagino que no me vino a buscar para llevarme detenido, ¿o me equivoco?

—Realmente no sé qué hago acá, no sé qué me trajo hasta acá.

—Bueno, averigüémoslo, entonces.

—No puedo llevarte a mi casa, los vecinos son muy atentos a mis horarios. Además, soy un oficial conocido en la zona.

—No se preocupe, conozco algunos lugares que seguramente usted no.

Se dirigen sin rumbo hasta que el alemán lo orienta camino a donde las calles son de tierra. Luego de unos veinte minutos se tropiezan con una casa aparentemente abandonada. John baja y abre algo parecido a una tranquera.

Entran a la casa y la mano del alemán vuelve a tocarlo y retoman el ritmo de sus deseos acumulados. El oficial tiembla más que nunca y de a poco van encontrándose. El oficial respira agitado, y John lo tranquiliza diciéndole al oído:

—Mi oficial, esto no es malo, es sólo entre usted y yo.

Así se recorren con miedo, de a ratos a la defensiva, hasta que se encuentran frente a frente. El oficial, lleno de transpiración,

le advierte que él no es homosexual. Lo toma de la cintura, lo tira a la cama improvisada y comienza a besarlo en el cuello, pasando por la columna hasta que llega a sus nalgas. En ese momento se queda como petrificado y el joven alemán le pregunta si le pasa algo, pero el oficial no responde y sigue por esa línea tan delgada entre la moral y las ganas de llegar.

—Yo no soy lo que parece, mi oficial. Hoy soy suyo —le dice John cuando lo encuentra lleno de saliva mirándolo a los ojos.

El oficial lo besa y permanece en su boca hasta quedarse sin aire, intenta desabrocharle la camisa y en el trajín le saca dos botones. Entre risas, el oficial le pide que le enseñe eso que nunca hizo. Y el alemán, como si fuera un maestro paciente, lo conduce lentamente en eso llamado sexo. Cuando el pene erecto del oficial entra en la lánguida cola del alemán, este comienza a gemir y el oficial al fin entiende de qué se trata el deseo.

Luego de un par de horas de darse amor, donde sus arterias se llenaron de sangre y de tres veces que ambos quedaron exhaustos, John queda dormido sobre la cama. El oficial se anima a acariciarlo. Lleva su mano al rostro del joven. Recorre con un dedo el contorno de su oreja izquierda y sigue por los hombros. Se detiene en el costado izquierdo y apoya toda su mano en el glúteo. Allí se queda un buen rato hasta que el joven comienza a moverse. En eso abre los ojos, lo llama con las manos, y al oficial no le queda mejor remedio que acurrucarse ante su amante alemán y descansar unas horas.

Con los primeros rayos de sol, ambos comienzan a desarmar la posición en que durmieron. El oficial se levanta directo al baño y a su regreso John lo espera fumándose un cigarrillo. El oficial se sienta enfrente de él ya cambiado y le dictamina el sinsentido:

—Estamos en un callejón sin salida. Yo no te puedo dejar ir así nomás. No te conozco y está en juego mi carrera. Nos vamos a tener que ver seguido para asegurarme que no vas a hacer alguna macana. Eso es lo que vamos a hacer.

—Como usted mande, mi oficial. Igual recuerde que yo no soy eso que me dijo ayer. Soy un simple ciudadano alemán viviendo en su país.

El oficial le transmite los pasos a seguir para las citas que tuvieran en adelante. Si por alguna razón un agente de civil,

uniformado o grupo de choque los interceptara a los dos, él se tendría que entregar aclarando su nacionalidad, y el oficial principal diría que se encontraba en un operativo especial para detenerlo.

La propuesta deja en exposición al alemán, eso piensa, mientras busca su ropa interior confundida entre las sábanas. No tiene mucho marco de actuación, pero no tenía otra alternativa. Y también sabe que quiere volver a verlo.

Desde esa primera vez, no ha pasado semana en que el oficial no se vea con John. Los encuentros no suceden siempre en el mismo lugar. A veces en departamentos abandonados de la Policía, otras veces en prostíbulos donde el oficial simula hacer pesquisas de rutina o en algún rincón del tumultuoso conurbano.

De corridas y sueños

“Al poner condición, se evapora el amor”

Kevin Johansen

El código que construyeron al principio fue sólo sexual. Luego compartieron charlas, preocupaciones, hasta que llegaron a encariñarse. Al principio el oficial sacaba el tema de sus posibles vinculaciones con la guerrilla, pero John lo negaba sistemáticamente. En algún momento pensó en sacarle información, pero a esa altura era demasiado tarde para utilizar su amorío como parte de un plan revolucionario.

Después de unas semanas han logrado armarse de un lugar para sus encuentros en una casa de campo. Allí se reúnen en los pocos francos del oficial, y en las escasas escapadas que se hace John de la organización. Ninguno de los dos puede dejar demasiado tiempo sus respectivos lugares en medio de la agitación reinante, de revoluciones y contrarrevoluciones.

Las corridas del joven son cada vez más peligrosas. Guardarse no existe en la jerga del momento ni en la vida real. Llevar datos a la agencia ANCLA. Traer informaciones a los compañeros. No perder de vista el armamento que debe llegar a las casas clandestinas. Disfrazar las cajas para las balas, limpiar las botellas para las molotov, dejar los instructivos para los novatos. Y hacerse tiempo para verse con el oficial.

Desde las caídas de sus compañeros de Montoneros está más sensible al seguimiento de los agentes de civil. No sabe si sensible o asustado. Tampoco ha dejado de acudir a las teteras. Pero hace un tiempo que no ve a sus conocidos de esas andanzas. Algunas locas le han dicho que están limpiando de mariquitas la ciudad y por eso hay que cuidarse.

John ha perdido mucho peso. La comida y el cuidado en cualquier otro momento no son el de ese contexto. El sexo es su cable a tierra, y el oficial, la personificación de ello. Y para el oficial, su bello alemán es su salvación en medio de cables urgentes, de allanamientos y detenciones. Añora que llegue el día del encuentro. Lo piensa y se masturba después de un operativo imaginando el cuerpo de su amado. No hay tiempo, no son días donde se puede esperar lo esperable. Cierra sus ojos y su lengua se humedece, imagina la cintura de su amante y muere de ganas de tocarlo y hacer el amor con John.

El oficial teme a cada instante que descubran su relación con John. Sueña recurrentemente que mientras realiza un operativo en los prostíbulos lo detienen por pederasta y donde él mismo se dice: “Oficial principal, la Nación no necesita de maricones dentro de la fuerza”.

No deja de pensar que si detienen al pequeño guerrillero, también lo harán con él. ¿Qué dirán en su familia? ¿Qué pensará su padre? Su madre no dejaría de llorar por haberlo criado bajo sus polleras, piensa y piensa. Pero tiene claro que no puede separarse de ese muchacho, de esos ojos y de esas manos que se han convertido en lo más preciado de su presente.

Los primeros meses del proceso de reorganización suceden de esa manera. Juntarse en lugares a veces lúgubres, otras en baldíos cercanos a la comisaría de Escobar y a veces en algún que otro baño. Hablar en códigos por teléfono, pasarse papeles con direcciones y algún que otro “mi oficial” o “mi príncipe”, que de inmediato son quemados o vueltos papel picado.

Traición

En el mes de mayo, John le propone irse unos de días al Tigre, a lo de unas locas que estaban preparando los carnavales.

Si se vestían como ellas, podían pasar desapercibidos. El oficial le hizo saber que una cosa era sentir algo por un hombre, no poder negarse a ese pecado, y otra muy diferente querer pasar por un afeminado. Que él no es un amoral, que era un tiempo de confusión y de no saber qué hacer. Y además no podía justificar dos días fuera de su trabajo.

Las locas amigas del alemán sabían de su misión en el país y también de su amorío. Él se los había contado a modo de resguardo por si alguna vez le pasaba algo. Habían intentado varias veces disuadirlo de esa peligrosa relación sin haber logrado nada. Él nunca les dijo de quién se trataba, y tampoco a su oficial le habló de ellas.

Estas mismas locas son las promotoras de los carnavales en el Tigre. Están alertas por el clima reinante, ya que puede complicarse la continuidad de sus fiestas. Sus reuniones están vaciadas por las imposibilidades de llegar a la isla. Y ya los amigos, las amigas y los cómplices no se encuentran, han desaparecido.

Sergio Menéndez, el oficial segundo, últimamente se encuentra más amable que de costumbre. Le propone descansos al oficial, con el argumento de que lo ve desmejorado, que está trabajando más de lo necesario. Y en medio de la vida caótica del oficial se deja llevar por este uniformado, que, lejos de querer ayudarlo, trama una perfecta caída del superior.

Menéndez había informado a la Dirección de Inteligencia que veía comportamientos inusuales del oficial principal. Que había estado de interrogatorio con el ciudadano alemán investigado por esa dirección, pero que no había realizado ningún informe sobre aquel interrogatorio. Que sospechaba que tuviera algún tipo de relación no convencional con el alemán y pidió autorización para su seguimiento.

La correspondencia de ambos está siendo interceptada: desde sobres con postales de cartón que contienen mensajes en clave hasta las cuentas de electricidad de la primera vivienda en la que se había alojado el alemán. Están siendo vigilados por el personal de la Policía, luego de que se diera la información de que González había sido visto junto al alemán entrando a diferentes hoteles alojamiento. El chisme sobre “González pederasta” recorre todas las oficinas de la fuerza.

El alemán podría pedir asilo en el país vecino, pero su función de enlace para la organización con la cual está comprometido es una cuestión que lo detiene, como su contrariado amorío con el oficial principal de la Policía de la provincia más grande del país. En estos momentos irse o quedarse, todo es riesgoso.

Al oficial le han sacado los atributos en las zonas donde se perseguía a la guerrilla, también lo han excluido de las dádivas de la prostitución. Desde el año 1975 el negocio había quedado bien resguardado por la Policía, no había capitalistas foráneos que se quedaran con la plusvalía de las mujeres de la noche. González presuponía que es el comienzo de su inhabilitación como jefe.

El oficial principal no entiende cómo han logrado inmiscuirse en sus corridas con el joven. Ha pensado demasiado cada paso: en no dejar rastros, en desorientar a posibles agentes, pero ya no reconoce en su vida lo real, lo soñado y lo inventado. Ha caído en la cuenta de la repentina preocupación del oficial Menéndez, que, lejos de querer ayudarlo en la tarea diaria, lo ha sacado de sus funciones y tiene más poder de mando que él.

En esos días de incertidumbre le propone entre besos a John irse del país. Había conseguido la documentación con otros nombres antes de que cayeran en la cuenta de su desprestigio en el departamento de visas. Sólo falta la decisión y convenir la forma de encontrarse afuera sin levantar sospechas. El alemán seguiría siendo un alemán volviendo a Alemania, y él iría a Estados Unidos a tomar un curso de seguridad interior. Nada puede fallar. Pero para John no es una opción volverse sin terminar lo que vino a hacer.

Semana tras semana, todo empeora. Salir a destiempo, no moverse más juntos, no acudir a reuniones sociales. Aparentar todo el tiempo se les está volviendo en contra de ellos mismos. No son los que eran, ni los que quieren ser: son seres haciendo de otros para despistar, pero el riesgo es creerse esos personajes.

González ha perdido el prestigio ante sus subordinados. Todos saben de sus andanzas. Tampoco le quedan contactos que puedan responder por él. No ha sido categórico con la subversión, y ahora también es un perverso: dos crímenes que se pagan, por lo menos con la suspensión. No se puede ser oficial principal con un “amigo íntimo” relacionado con el extremismo.

Se han cumplido tres años del Proceso de Reorganización Nacional. El mundial de fútbol ha sido un éxito: con razzias de putas, pederastas y maricones mediante. Los fascistas de la revista *El Caudillo* transmiten el mensaje de que, para hacer patria, además de matar a un trosko, también hay que matar a un puto. Nada indica que “en el sur se está mejor”, como canta meneando la cabeza Raffaella Carrá. En el sur las cosas están sobrevolando como un cóndor.

No se ven cotidianamente. Pernoctan en casas diferentes. González y John ya no hablan de sus cosas, sus encuentros son fugaces: besos, abrazos, intercambio de dinero, de qué necesitás, de cuándo nos vamos, de no te lo puedo decir, no puedo ponerte en peligro. Los encuentros tienen gusto a poco, pero siguen creyendo que al fin y al cabo saldrán ilesos.

El final

El 2 de abril de 1979, cerca de Semana Santa, John no llega a la hora fijada a Plaza Houssay. La espera de 15 minutos se hizo de 45. González piensa lo peor. Fue al teléfono de la estación y llamó a las comisarías cercanas. Ninguna le da información. Hasta que se da cuenta: el candidato a su puesto está jugándole una carta para quedarse con el lugar y tener un zurdito en su haber. Se dirige hasta la comisaría de Escobar, entra gritando por John. Lo oficiales no pueden pararlo. Tan fuerte es su grito que llega a oídos de John, y el joven grita desesperado que lo van a matar.

Entra por el pasillo de la comisaría hecho un demonio. Ningún oficial puede detenerlo en su decisión. Le saca de las manos al carcelero las llaves y abre él mismo la celda donde tiembla su príncipe.

—¿Cómo no iba a saber el oficial principal abrir una celda? —dice en voz alta para que escuche toda la comisaría—. Acá se hace lo que yo digo, carajo. Acá soy el oficial principal de la Policía, por si no me reconocen. Me dejan solo acá, que tengo cosas que saldar con este zurdito alemán. Me tendrían que haber dado aviso de este operativo. Este caso era mío. ¡Váyanse, dije!

Espera a que se retiren los dos oficiales de guardia, abre la celda y lo toma tan fuerte a John que siente que lo asfixia contra su torso.

Su cabello está ensangrentado y su cuerpo débil. Lo agarra de la cabeza y le dice:

—¿Qué hacés acá, John? ¿Qué hacés? Te dije que te cuidarás, te dije que te cuidarás, que no anduvieras más por los baños. Mi John, ¿qué vamos a hacer con todo esto, mi príncipe? Nos tendríamos que ir lejos, lejos.

—Mi oficial, no estaba en ningún baño, en ningún baño. Me estaban esperando en el mismo bar donde me esperó la primera vez. ¿No los habrá mandado usted?

—Nunca, nunca haría eso, mi rey, nunca. No me ofendas que me muero de la tristeza.

El final siempre estaba más adelante, pensaba el oficial. El final es cuando nosotros lo sentenciamos, el final es hoy, pensó. Pero no estaba en la fuerza por descarte, estaba por su talento al mando y nadie podía desoir sus órdenes.

—Yo no soy lo que usted piensa, mi oficial. Yo no soy quien usted piensa.

—¿Qué me querés decir, John?

Mientras se apartan el uno del otro, todavía con lágrimas, no alcanza a entender lo que quiere decir su príncipe al tiempo que llegan cinco oficiales con orden de sacarlo de la celda. El primer oficial hace un gesto de stop con la mano y, al grito de “oficial, salga de la celda”, quedan congelados el oficial principal y el revolucionario.

—Tenemos orden de la dirección de comunicarle que este ya no es más su caso. Retírese o tendremos que ir nosotros a sacarlo de ahí. Por favor, retírese por sus propios medios.

El oficial principal mira fijamente a su príncipe alemán.

—¿Quién sos? ¿Quién sos, mi alemán? Decime quién sos.

Lo vuelve a rodear con sus brazos, y es tan perturbadora la escena que los oficiales entran a la celda, los separan a ambos y se llevan al oficial.

—¿Quién sos? ¿Quién sos? ¡Sos un guerrillero! —continuaba gritando.

González obliga a los guardias a que lo registren en el libro de entradas. “¡Que quede registrado!”, fue la orden del todavía oficial principal. Y efectivamente esa es su última orden acatada. John es inscripto en el libro de entradas de la comisaría Primera de Escobar.

Al día siguiente, el oficial es anticiado de su baja. Estuvo toda la noche en vela esperando a que llegara John. Esperó hasta el mediodía y volvió a la comisaría. Allí pide los libros de entrada y figura la detención del día anterior como "averiguación de antecedentes", pero su alemán no está en la comisaría. Esta vez no pudo hacer tanto lío como la noche anterior, ya que no era más el oficial principal de la Policía.

Parte de inteligencia

Que el día de la fecha, el llamado John Lyon es detenido por fuerzas conjuntas y alojado en la comisaría de Escobar, a disposición del Área Militar actuante en esa época en la jurisdicción, a los efectos de ser interrogado sobre presuntas actividades subversivas. Horas después de producido el hecho, se apersona a la citada seccional el entonces oficial principal de esta Policía Mario Ernesto González, quien realizó preguntas en la Oficina de Guardia sobre el paradero de Lyon -al parecer a viva voz-, de tal modo que incluso fue oído por el detenido alemán, quien a su vez comenzó a vociferar manifestando que "se encontraba detenido" y que lo "iban a matar".

En virtud de lo expuesto, el responsable del Área Militar decide que se le dé entrada en los libros correspondientes, en carácter de "demorado en averiguación de antecedentes" y casi inmediatamente proceder a su liberación (fue detenido el 2/4 a las 21.00 hs. y liberado al día siguiente a la misma hora).

Horas después se toma conocimiento que el mencionado alemán fue privado de su libertad o secuestrado de su domicilio por personas desconocidas.

De informaciones obtenidas por otros medios surge en forma fehaciente que el "desaparecido" alemán se hallaba relacionado con elementos subversivos, a quienes proveería de armas que ingresaba al país

de contrabando, utilizando para ello una avioneta de su propiedad. Esta avioneta ,que actualmente se hallaría en el aeródromo de San Justo, es propiedad del nombrado y de un tal Alberto Gómez.

A partir de esta fecha se ignora el paradero del ciudadano alemán, pero todo hace suponer que el hecho de "secuestro" fue ejecutado por elementos de "extrema derecha", dado que la propiedad del ciudadano alemán fue saqueada e incendiada.

Por otras fuentes se obtiene la información sobre la dudosa moralidad del alemán, ya que es considerado "amoral" y conviviendo con el nombrado ex oficial González; asimismo, en el lugar (domicilio del alemán) existía gran cantidad de material pornográfico consistente en fotografías, películas, libros, etc.

Carnaval

El exoficial, como nunca en su vida, está a punto de hacer su gran acto. Se hace presente en la Central de Policía para denunciar la desaparición de su alemán. Inculpa a la comisaría de Escobar de detenerlo, liberarlo al día siguiente y que no se supiera más de su paradero. Le dicen que sólo tomarían la denuncia como asunto interno. Y terminan advirtiéndole que procure irse de la ciudad, para no manchar el honor de la fuerza:

— Que el uniforme no necesita de pederastas, exoficial.

Luego de su denuncia emprende un viaje, en esa ciudad no hay lugar para un exoficial pederasta. Va a buscar a la casa de campo las pocas cosas que quedarían de su amor. Mientras revisa los cajones de la cómoda, encuentra un disco que siempre escuchaba John. Se trata de uno de David Bowie del año 1969. Agarra el disco y sale con su bolso camino hacia Retiro.

Al año siguiente decide ir a la isla del Tigre. En esos meses había alimentado un poco de esperanza en la posibilidad de que John volviera en medio de las locas a los carnavales. Imaginó muchas veces verlo bailar detrás de una de las comparsas, como la de

“Los Dandis”, con un antifaz de color violeta o rojo, los colores que el alemán siempre elegía en cada prenda de ropa. Lo había pensado en los baños de las estaciones, haciéndose pasar por un extranjero que no entendía el español. Lo llegó a soñar en manos de quien se quedara en su cargo, el oficial Menéndez. Lo soñó diciéndole los mismos sollozos en medio del sexo: “Mi oficial”. Pero todo eso al despertarse se diluía, formaba parte de su locura. Su príncipe está desaparecido, o lo peor de todo: muerto.

Su viaje a la isla tenía un objeto: averiguar si alguna de las locas podía darle información de su John. Iba a ser la primera vez que estaría al momento de los desfiles, de las bandas, pero solo. Se dejaría ver por quienes estaban presentes en los festejos, porque ya no tenía reputación que resguardar, y menos aún un amigo con el que disfrutar de los carnavales.

Pensó con cada detalle el disfraz para vengarse del pasado y del presente. Si ya no era más el oficial principal de la Policía y tampoco tenía a ese joven alemán de la mano, su disfraz de carnaval sería un símbolo de amor. Con una chaqueta de color azul y un antifaz violeta, las locas lo iban a tener entre sus filas bailando al compás del Rey Momo de los carnavales del año 1980. Este carnaval tiene menos gente, pensó, no se sabe si por la represión o porque hay menos maricones visibles.

El día del desfile final se pone un traje azul de seda. Lentejuelas le caen de cada uno de los pliegues de la cola, que se asemeja a un traje de baile americano. El antifaz marca la diferencia: violeta y con brillantina por los costados. Bailar, nunca lo había hecho, pero acompaña el ritmo de la comparsa y en cada salto recuerda los bellos saltos que daba John intentando bailar la música popular de su amante argentino. En cada salto le vienen a la memoria los latidos de su corazón cuando se quedaba dormido en su pecho. Un terremoto de ternura lo inunda y pierde la noción del tiempo, aunque ese momento parece estancarse en un respiro profundo para no despertarse más. Su primer baile y su primera ratificación de su deseo amanerado.

Al llegar la noche, se sirve ginebra y pone el disco de John. Cuando escucha los primeros acordes de la guitarra y las primeras palabras del tema *Space Oddity*, “control terrestre al mayor

Tom, control terrestre al mayor Tom”, puede llorar a su príncipe. Y se siente como despegado de la Tierra cuando escucha “aquí estoy flotando alrededor de mi lata muy por encima de la Luna, el planeta Tierra es azul y no hay nada que pueda hacer”, en la voz de un Bowie pintado, en honor a la llegada del primer hombre a la Luna.

LA RAMI

Ya se había realizado la dura limpieza fascista de los maricones antes del comienzo del Mundial de Fútbol Argentina 1978. Muchas locas han caído en las garras de las botas, con vinchas celestes y blancas. Se dice que a las vestidas con “ropas femeninas” las alquilan de comisaría en comisaría, hasta que algún gorra se sobrepasa y las deja inconscientes.

Los años 80 parecen traer una carga optimista, aunque superficial e inverosímil, pero por lo menos se puede pensar que el cambio de década traerá mejores augurios que toda la multitud de cadáveres que devuelve el Río de la Plata, y que tan bien describiera en su texto del año 1981 “La Rosa” Perlongher.

Ramiro Fabrici se ha ocultado bastante bien de todas las posibilidades de caer en las manos de los atrapamaricas en sus intentos de tener amoríos en las oscuridades del Conurbano. Tiene marcadas las zonas donde no puede inmiscuirse por ser zona “peligro rosa”. Así las bautizó con sus amigas, las pocas que quedan y que todavía se animan a reunirse a tomar el té a las cinco, cada vez que se puede.

Los baños del ferrocarril son peligrosísimos; hasta a reconocidos heterosexuales casados se los saca a las patadas de los baños por las dudas de que los llame el bichito de la curiosidad. Ya sabemos que estar casado, tener novia o aparentar ser chongo no fue ni será condición para no arrimarse a algún pito con ganas. Los últimos lugares a salvo para pegarse algún revolcón han quedado limitados a esquinas con casas abandonadas, baldíos que ya se han amueblado con algún que otro colchón y frazadas, o alguna terraza de las casas chorizo. Cada paso debe ser muy calculado para no caer en las garras de la seguridad, pero siempre hay algún detalle que queda librado al azar.

La Tota es la que lleva siempre las masas finas a las reuniones, que tan finas no son, porque la confitería París se ha puesto bien burguesa y ahora se las compra al panadero del barrio. La Tota había experimentado con él las primeras lecciones sexuales con hombres, y aquel le devuelve los favores del pasado con media docena más de facturas, por el recuerdo de aquellas eyaculaciones apresuradas detrás del mostrador, antes de la llegada de doña Carlota con la bandeja de los escones.

Todas las demás amigas de la Rami se han ido a provincias del norte, donde la persecución no es tan cotidiana, y el levante, más exitoso. Esas provincias son las preferidas para los exilios amorosos, porque detrás del supuesto machismo norteño se esconde una hermosa solidaridad de los trabajadores de las salinas, que se unen en una especie de concubinato con las maricas que tengan la vocación de servirlos, darles calor, hacerles la comida y estar disponibles para el sexo.

Otras tantas locas se han refugiado en sus pensiones, o en el mejor de los casos en sus departamentos, donde ya ni siquiera se llaman para hablar de la farándula. Todas están al tanto de las detenciones nocturnas y de los supuestos “enfrentamientos” entre las fuerzas y las organizaciones subversivas. Ellas no quieren ni líos con los subversivos, y menos ser llevadas por infracción al 2H o al 68 (escándalo en la vía pública, ofrecimiento de sexo o simplemente por homosexuales).

Algunas locas tienen un código con las comisarías cercanas: a cambio de una buena chupada, podrán vivir sin miedo a que se las levante de la calle o que entren en sus casas. La Tota suele decir en las mesas de té que es preferible una bombilla de comisario una vez a la semana, y seguir vivita y culeando, que estar encerrada en un calabozo lavándoles las letrinas a los hippies y subversivos.

Tiempo atrás

La Rami había tenido un romance fugaz con un militante cercano a Montoneros. En los últimos encuentros había llegado armado y eso la había asustado mucho, porque pensaba que podría encontrarse con un cana y todo terminaría en la muerte de algunos de ellos. El militante está viviendo en concubinato con una compañera de su organización barrial, por sugerencia de la sección disciplina. Lo habían descubierto a principios de 1975 frotándose con un compañero en el campamento de formación de base. Desde allí, la política de la organización había sido que, cada vez que se sospechara de algún militante que cayera en la debilidad de los placeres eyaculatorios con otro del mismo sexo, se tomarían tres medidas según el grado de peligrosidad: expulsión, concubinato obligatorio con una mujer o trabajos forzosos.

Ramiro, en los tiempos en que se veía con Juan, hacía de su amigo. El amigo simpático de Juan: nunca había hecho tan bien de hombre como cuando salía con Juan. Este lo invitaba a su pensión de la Boca y la Rami iba porque era un lugar bastante seguro. Podían cenar, hablar de muchas cosas y reírse de lo que se le dificultaba a Juan relajarse para tener un poco de sexo. Necesitaban un poco de oporto para que la relación no fuera decadente. Rami le decía:

—Tenés que hacer como después que cagás: no resistirte a que siga saliendo y disfrutar de ese momento.

A lo que Juan respondía:

—Rami, te pido por favor que no menciones la palabra cagar, que se me hace más difícil.

Juan no se llama Juan, es un nombre sólo para la Rami. Juan está comprometido hasta las manos con el peronismo de base y en todas las charlas con la Rami trata de convencerlo de que haga algo o que colabore. La Rami no tiene intenciones, pero le gusta escucharlo hablar de las conciencias que hay que elevar y del momento histórico en que se sienten héroes.

La última vez que se vieron fue cuando un compañero de Juan lo pasó a buscar por su pensión y vio la escena del patio interno: los dos frente a frente, mirándose a los ojos. Cuando Juan lo vio, se le transmutó la cara. Salieron, y su compañero le preguntó quién era aquel tipo con el que charlaba tan confianzudamente. Juan le dijo que era un amigo de toda la vida; el otro le retrucó que estaban en un momento donde no había tiempo para el esparcimiento y la diversión. Que si quería continuar, debía ser honesto y garantizar la seguridad de los compañeros. Le dijo que pasaría en una hora y que lo ayudaba a mudarse a otra pensión. Que se despidiera de su amigo y chau.

Así fue que Juan entró y le dijo amablemente a la Rami que estaba complicado el momento y que debían dejarse de ver. Que apenas pudiera lo iría a buscar, pero que no tratara de comunicarse con él.

—Lo digo por vos, más que nada. Sabés que te estimo.

La Rami, más que acostumbrada a las explicaciones de los chongos cuando deciden no verla más, lleva su mano a la mejilla del militante y le dice:

—No te preocupes, Juanchi. Cuando quieras y puedas, me buscás. Cuidate y acordate de relajarse como si estuvieras en el baño.

Ambos sonrieron y en ese momento supieron que relajarse era complicado y que sería poco probable un nuevo encuentro.

La Rami vive en plena zona tomada por la Policía que es fiel seguidora del comisario Margaride. En su mandato se llenaban de locas los calabozos y las paredes quedaron colmadas de pictóricas rayas de esperma. Allí también ha conocido a varias travas que eran casi esclavas de honor en los festines sexuales que se armaban las fascistoides de las comisarías de la Provincia. La Rami había sido liberada gracias a esos contactos en un par de oportunidades, ya que sólo por la sospecha la metían en el calabozo número quince de las mariconas insalvables: el de “las niñas bonitas”.

La Rami, Ramiro Fabrici en la vida pública, es un reconocido profesional de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) de Ezeiza. Esta tarjeta lo salva la mayoría de las veces de espantar las dudas sobre su moralidad: un profesional correcto de 48 años no es factible de ser mirado como desviado, a no ser por su soltería y por vivir con su madre.

Los amigos

Cuando la Rami cumplió 27, hacía varios años que tenía un buen puesto en la CNEA. Era un químico de alta reputación y todos sus compañeros lo querían. Pero él contaba con una mano de los amigos verdaderos en aquellos años. Entre ellos estaba Pedro: se conocían desde el secundario y habían hecho la carrera juntos. Pedro estaba en pareja con su novia desde los 14; un noviazgo como los de aquellos años: con proyectos de casorio y todo. Se tenían un gran afecto, a pesar de la sospecha de su desviación.

Rami tenía a veces expresiones apresuradas, donde se deslizaba una personalidad que Pedro nunca había visto, o —mejor dicho— que veía de vez en cuando. A veces sentía que estaba con una amiga más que con un amigo. Y muchas veces le pedía consejos sobre las artes amatorias. Y Rami, al haberse criado entre mujeres, sabía algunas cosas más que Pedro sobre la vagina, los pormenores de hacer el amor por alguno de los tres agujeros y, sobre todo, cómo tratarlas.

La Rami soñaba con Pedro y se masturbaba entredormido, imaginándose cómo sería chuparle la pija a su amigo de toda la vida. El bulto de Pedro era más que conocido por los amigos y daba que hablar entre las chicas del barrio. Le llamaban “la escopeta de Pedro”. A Rami le llamaba la atención esa mezcla de inocencia con la idea de una escopeta entre sus piernas, que podría dar más felicidades que los fuegos artificiales de fin de año. Y algo había entre ellos: para Pedro, Rami era el preferido de sus amigos.

Una noche, en una cena de compañeros de carrera, se encontraban todos con sus respectivas novias. Rami se había puesto el delantal y estaba a la par de todas las chicas sirviendo la mesa y atendiendo a los comensales. Pedro le había pedido, al estilo jauría de machos:

—Venite a tomar un vaso de vino, Rami. Que las chicas se encarguen de la picada.

La Rami no lo escuchó, y entre vasos de tinto y cerveza ya estaba bastante ebria. Comenzó a chusmear con las novias sobre sus novios. De todo lo que se hablaba era sobre la cama, el sexo, las posiciones y la mar en coche. Mientras, en la sala, los hombres hablaban de fútbol y de una salida a un prostíbulo cerca del aeropuerto de Ezeiza, donde las prostitutas ya esperaban el regreso de la escopeta de Pedro.

Rami no pudo callarse la boca, y en el momento en que la novia de Pedro iba a tomar la palabra le dijo:

—Ya que estamos hablando de tamaños, que hable la novia del químico vergón.

Hubo un minuto de silencio, que se relajó con la carcajada de una de ellas:

—¡Esta lo debe haber visto en el gimnasio de la Normal!

Dos cosas estaban siendo bastante raras esa noche: que una de ellas la tratara en femenino y la información con la que contaba sobre el tamaño del sexo de su mejor amigo. Rami se levantó con la excusa de ver cómo iban las empanadas, mirando de reojo a la novia de su amigo y limpiándose la transpiración del horno y de la conversa.

No sólo había visto en los cambiadores de la escuela secundaria las longitudes del pene de Pedro, sino también en otras ocasiones...

Unos meses atrás habían tenido un terrible revolcón luego de una salida de amigos, cuando sin querer, escondiéndose de

un patrullero en una esquina oscura, terminaron en un terreno abandonado. Esa noche habían estado tomando ginebra como agua de manantial; la borrachera era tal que ninguno de los dos podía modular para hacerse entender. Ese día estuvieron juntos. Al principio se miraron a los ojos, luego Rami le tocó las manos y Pedro las llevó hacia su cierre del jean. La Rami, mientras intentaba bajarlo, buscó la boca de su amigo con la suya. La primera reacción de Pedro fue darse vuelta y el beso llegó a la mejilla. Una vez que logró bajarle el cierre, tocó en medio de la oscuridad un pedazo de carne: por momentos dudaba si era el miembro o no de su amigo. Hasta que lo sacó como si estuviera en un sobre y vio las longitudes de la escopeta de sus sueños. Como preparándose para un ritual, lo miró a lo que imaginó serían sus ojos y le dijo:

—Pedro, esto es increíble.

Y se adentró a saborear la dulce fiesta que le estaba proporcionando su fiel amigo. Estuvo varios minutos y Pedro se acomodó mejor para disfrutar de tan afanado acto en la esquina abandonada. Luego de un rato, la Rami se paró para tomar un poco de aire y Pedro la agarró de la nuca y le dio un gran beso. Sus lenguas llenas de olor a alcohol se confundieron de humedad y ganas de que no terminara jamás esa celebración. Luego del encanto de las lenguas furiosas, la Rami se bajó los pantalones y se puso delante de su amigo. Pedro, entre el sofocón de los besos, le dijo:

—No, amigo, no te quiero hacer mal.

La Rami, como buena amiga ávida de explorar todo lo que hubiera que explorar, le contestó:

—Amigo, nunca me harías mal.

Así, entre pastos, escombros y botellas, la Rami probó el sexo con su mejor amigo.

Los pájaros comenzaron a cantar, algunas sirenas a sonar y el recuerdo de los besos parecía desmarañarse entre la resaca y el miedo amenazante del día después.

—Rami, Rami. Despertate, nos quedamos dormidos. Qué desastre, qué manga de boludos, mirá que meternos acá.

Mientras intentaba sentarse, con un dolor bello y encantador entre las nalgas, la Rami le susurró:

—Pedro, tranquilo. Esperá que me despierte y vemos cómo salimos.

—Tu vieja debe estar preocupada por vos, Rami. Dale, salgo yo primero, te espero en la otra esquina y voy pidiendo un taxi para que te lleve hasta tu casa.

Hasta en aquel momento, Pedro la cuidó. La Rami sintió amor en ese detalle y se tranquilizó al no tener que hablar sobre lo sucedido. Cuando llegó el taxi, se despidieron con palmadas en la espalda, “a lo macho”, como siempre le repetía Pedro. Esa noche quedaría para ambos en el pasado: un recuerdo del que nunca jamás hablaron.

La desaparición

Como todos los sábados, Rami piensa en salir de gira. Tiene claro que en cualquier baño público está todo más que difícil para alguna aventura apresurada, pero piensa: “Cuando el deseo tira, hay que responderle”. Y, además: “Qué vida era esa, de esconderse y sólo mirar revistas con hombres semidesnudos. La vida tenía que ser otra cosa”.

Con su madre cena todos los sábados y miran los viejos álbumes de fotografías. Escuchan tangos en la radio; mientras doña Concepción teje a dos agujas, la Rami completa su cuaderno con billetes y monedas de otros países. Los sábados, luego del té de las nueve de la noche, lleva a su mamá a acostarse. La ayuda con los ruleros y el pañuelo para que al otro día esté lista, temprano, para la misa de las ocho.

—Hijo, vaya con Dios: que Él me lo bendiga y acompañe en el sueño nocturno —le dice cada noche.

—Usted también, madre. Duerma con Dios y la Virgencita.

Esta noche quiere creer que con las bendiciones de su madre va a estar más que protegida por ella, diosito y los santos eyaculadores. Es de madrugada: se pone el sacón rojo con detalles dorados en los botones que le regaló una vieja amiga para las fiestas y, entonces, sale de su casa en puntas de pie. Se niega a conformarse con tener solamente un recuerdo de amor y sexo con su mejor amigo Pedro. Necesita dejar de pensar en él como cada noche desde hace años.

Se dirige hacia el empedrado donde hay pocos faroles prendidos. Se escuchan a lo lejos perros que ladran con saña por los gatos o

por algún linyera alcoholizado. Rumbea para el puente cerca de la estación: sabe que allí seguramente encontrará a un chongo que no tenga nada que ver con la Policía.

Entra al baño de un bolichón y ve a dos muchachos en los mingitorios que están por comenzar algo. Uno parece de treinta años y el otro no llega a los veinticinco. En el preciso momento en que uno de ellos lo mira fijamente a los ojos, se da cuenta de que va a ser detenido por ese dúo poco apasionado en la tarea del levante. Nunca había pensado que con sólo mirar lo arrestarían por infringir el artículo 68: por sospecha de mantener relaciones con un menor en un lugar público. Se lo llevan detenido y ni siquiera puede decir algo en su defensa. Los agentes le dicen que, como hombre mayor, está incitando a un menor a la pederastia. Que los pederastas pasivos tienen una celda asignada en la Brigada de Investigaciones, y que las aventuras de amorales sexuales también se pagan con arresto. ¿Le dirán, acaso, que también se paga con favores sexuales a los propios oficiales?

Hasta ese momento siempre ha caído en comisarías, pero ahora la están llevando a la famosa Brigada de Investigaciones de Ezeiza. Se dice que de allí se sale sólo con contratos: pases obligatorios por la Brigada para garantizarles tranquilidad, pero a cambio de lo que sea. De sexo, de servicios domésticos en la seccional o como contenedora de comisarios y agentes deprimidos o morbosos. Se puso el sacón rojo para terminar en la Brigada: aún no lo puede creer. Va custodiada por dos chongos hacia la Brigada. El tiempo transcurre lento y fiero, bien fiero. Esa noche decide no nombrar más a Dios, a la Virgen ni a los santos eyaculadores. A nada que le recuerde la mala vida que siente que le tocó.

El primer paso es sacarse toda la ropa y dejarla a la entrada. Le llama la atención una música clásica que sube y baja de volumen repentinamente, pero vuelve a su escena obligadamente.

—Esta loca tiene buena ropa —le escuchó decir al joven agente que lo miraba de reojo en el baño de lo prohibido.

—Sí, esta es más de su casa, ¿no? —dice el compañero que la mira mientras se agacha para sacarse los pantalones color crema.

—Es de las que toman el té con la mami y esperan al vecino para que les dé una alegría —completa el agente de la Brigada.

Desde su llegada la mandaron a limpiar las letrinas. Luego de unos días, la ubicarán en una celda con otras viejas amañadas, vestidas de mujeres. Allí la tendrán para hacer los mandados en el barrio: será una especie de ama de llaves del Conurbano.

No sabemos qué sucedió, es un hombre de bien y de su casa

Al levantarse al día siguiente, la madre de Ramiro va directo a la cocina para poner la pava: para su té y el mate de la Rami. Pasa por la puerta de la habitación y piensa como siempre que su hijo no cambia más, siempre perezoso para levantarse los domingos. Cuando sale del baño le toca la puerta, le vuelve a golpear hasta que abre y ve vacía su cama. Irse sin avisar, jamás: era bien correcto Rami, pero ¿a dónde se habrá metido? Sale al patio con el deshabillé a medio prender y ve todo tal cual quedó la noche anterior.

Se sienta en la cocina. A los segundos comienza a sonar la pava, pero no puede levantarse de la preocupación y el susto. Cuando ya no soporta el ruido del hervor, saca la pava al costado y le salta una gota que le quema la palma de la mano. Enseguida corre a la pileta y abre la canilla para que el agua fría le calme el dolor.

Luego de tranquilizarse, piensa que su lugar es estar en la iglesia como todos los domingos y pedir por su Rami. En una de esas, al regresar la encuentre en el baño o en su cama, como todos los días.

Reza por él, ella; pide perdón por él, ella; por lo que haya hecho mal. No lo haría de mala persona, le dice a su diosito, con la esperanza de estar haciendo lo que mejor sabe hacer: rezar.

La pregunta de algunas comadres por Rami no se dejó esperar a la salida de la capilla. Ella responde que ha de estar cansado del trabajo de toda la semana y que seguramente asista a la misa de la tarde.

A llegar a su casa, llama a la única persona que puede ayudarla. Pedro seguramente sepa dónde esté, estará con él o podrá buscarlo. Busca en su libretita de anotaciones el número de la bodega cerca de donde viven Pedro y su esposa. Llama y pide que lo vayan a buscar. Cuando al fin oye a Pedro del otro lado de la línea, entra en llanto y le cuenta todo. Pedro le dice que en cuanto pueda se va a acercar para ver qué pueden hacer.

Luego del almuerzo de domingo, Pedro aparece en la puerta de la casa de la Rami. Le pregunta a su madre cuándo fue la última vez que lo vio: si para la mañana del lunes no aparece, dice, deberán hacer la denuncia.

Así, pasadas las 24 horas comienzan a hacer llamados a las comisarías, a hospitales y a amigos. Pedro se comunica con un amigo en común que trabaja en el diario: al día siguiente publica un artículo titulado “Lo buscan sus familiares”. La crónica menciona la preocupación de su familia por la falta de Fabrici, y también por “la índole de las actividades del desaparecido y el hecho de que no tiene ninguna filiación política y ser hombre de vida tranquila, sin problemas acuciantes”. La madre de la Rami y Pedro habían sido bien claros ante el periodista y éste expresó lo mismo a su editor: había que dejar claro que no le interesaba la política y que gozaba de prestigio en la Comisión de Energía Atómica.

Mientras limpia las letrinas, se pregunta una y otra vez por qué salió esa noche a sabiendas del peligro. Pero una y otra vez recapitula cómo sería la manera de vivir su deseo, su deseo que no es algo común, que le duele, que la angustia, pero al fin es suyo. Piensa que el infierno se corporiza en esos uniformados que vienen a exigirle que limpie esos baños inmundos y que la tratan como “la vieja”. Se acuerda de su madre, si lo estará buscando, y también se acuerda de a ratos de aquella vez que con Pedro se habían amado hasta el cansancio. Los recuerdos son la mejor resistencia y la garantía de que la vida puede ser otra cosa, se repite a sí misma.

Por contactos del periodista, Pedro llega a la Brigada de Investigaciones. Pide hablar con el encargado de la guardia y le empieza a dar razones sobre Ramiro y su buena reputación, y de lo acongojada que está su familia por su desaparición repentina. El jefe de turno le explica a Pedro “las razones” del encarcelamiento de Ramiro. Que lo habían cazado “in fraganti” corrompiendo a un menor a punto de obligarlo a que le practique una fellatio. Su amigo no pudo menos que asegurar de que era incapaz de hacer una cosa semejante. La conversación duró media hora y el oficial lo comprometió de hacerse cargo de ese desviado, que si lo tenía controlado en su casa sin salidas a los baños públicos, al otro día saldría libre.

Al día siguiente, Pedro se encamina al encuentro de la Rami a la Brigada. En el camino le compra los 43/70 largos que solía fumar. Le lleva ropa por si tiene ganas de cambiarse antes de llegar a su casa. Entra a la Brigada, firma la salida de su amigo, y el mismo agente con el que había hablado el día anterior le recibe el papel, diciendo:

—Procure que su amigo no se muestre más. Que se haga hombre de una buena vez. Que se dedique a las tareas de su casa con su madre y punto.

Luego lo llevan hasta la celda donde estaba Ramiro solo. Se abrazan a las palmadas y le pregunta qué estaba haciendo ahí. Su amigo le responde con tranquilidad:

—Vine por vos, pibe.

—¿Qué me decís? —le contesta apabullada.

—Que estás libre. Te vine a buscar para llevarte a tu casa.

—¿En serio me decís?

—Claro, amigo. Pero nos comprometimos con el agente que quedarías libre con la condición de que no salgas más por las noches. Que no te muestres más así. Te tenés que mostrar como hombre. Como puto no, Ramiro, como hombre.

El silencio se apodera de la celda y, mientras la Rami se levanta del bloque de cemento que hace de cama, salen de la Brigada. Una vez más, la Rami no cree lo que le está sucediendo. Su amigo salvándola de esa mierda de prisión: su amigo pronunciando la palabra “puto”. Se obliga sólo a pensar que está viva.

Cuando suben al auto, le tira sobre la falda los cigarrillos. La Rami los agarra sonriente y se prende uno mirando hacia la ventana. El viaje en el auto es bastante incómodo, la Rami no sabe qué decir hasta que se tranquiliza y puede dormitar luego de fumarse el cigarrillo que le pasó Pedro. Al llegar al barrio, su amigo lo despide con un abrazo apretado, que le deje saludos a la vieja y que el fin de semana pasa a tomar unos mates con la tarta de doña Concepción.

La Rami lo mira con ternura y le dice entre un tono monocorde y dulce:

—Gracias, amigo, gracias por esto que hacés.

Pedro lo mira comprensivo y le contesta:

—Es hora de entrar a casa, pibe. Tu vieja te espera.

Parte de Inteligencia.

Respuesta al pedido de información sobre el ciudadano Ramiro Fabrici, empleado de la Sección Química de la Comisión de Energía Atómica. Infórmele que el mismo estaba detenido en la Brigada I de Morón desde el 9/3/80 a la 01,30 horas, por infracción al art. 68 de la Ley 8031 (HOMOSEXUAL), con intervención del sr. Juez de Faltas, se le otorgó libertad por lo preceptuado en el artículo 112 del citado texto legal, habiéndose hecha efectiva el día 15/3/80, a las 03.00 horas.

Dirección General de Investigaciones
Comisario General, Director General de Investigaciones.

Ramiro llega a su casa de noche. Lo liberaron con todas las advertencias del caso. Hasta con la promesa de que terminaría el resto de sus días lavando las letrinas de la Escuela de Suboficiales.

Cuando abre la puerta, siente ruido en la cocina. Prefiere seguir derecho a su habitación para bañarse y sacarse el olor a la celda. Se saca la ropa y la deja hecha un bollo; no vale la pena ni lavarla. “Fue mi última andanza de marica”, se dice.

Abre la canilla y espera a que se caliente un poco el agua. Siempre le daban sofocones de asfixia entrar de una a la lluvia del baño. Se enjabona tanto como puede; por la entrepierna y las axilas, que destilan un sopor casi insostenible. Luego se pasa la esponja por el cuello, la panza y vuelve a la entrepierna. Quiere quedar bien limpia antes de ver a su madre.

Estuvo cerca de cuarenta minutos debajo del agua caliente. Cuando ve sus manos todas arrugadas de tanta agua y vapor, siente que está para salir. Se seca suavemente. Busca ropa cómoda dentro del armario. Se nota que su mamá lavó todo, porque tiene olorcito a recién doblado y almidonado. Seguramente su madre mantuvo todo como todos los días.

Se encrema las manos, respira profundamente y sale por el pasillo hasta llegar a la cocina donde está la madre sentada.

—Hijo, ¿cómo estás?

—Hola, mami. Bien, estoy muy bien.

—¿Cómo te trataron ahí donde estabas?

—Bien, dentro de esa mierda. Yo estoy bien vieja.

—No me mentís, ¿no, Rami?

—No, mamá. Mirá, estoy entero, ni un rasguño.

—Qué locura, Rami, dejarte tantos días adentro.

—Sí, mami, una reverenda locura. Hay mucha gente en las cárceles. Inocentes y no tanto, y los juntan a todos: a chorros, subversivos y a pervertidos.

Una vez en la casa, su madre no le pregunta nada. Rami teme que llegue la hora de la pregunta y no poder mentirle más. Su madre le pregunta si quiere unos mates y le dice que tiene preparada la tarta de frutillas que tanto le gustaba. Una vez sentados en la mesa del patio interno, ella le dice que Pedro se ha portado muy bien, que ha estado en todas las diligencias y que, si no hubiera sido por él, no hubiera sabido a quién recurrir. Y antes que pudiera contestarle, le dice:

—Pedro me comentó sobre la equivocación de los suboficiales. Te confundieron con una persona del mismo apellido relacionado con la guerrilla.

La Rami suspira mientras contiene en los ojos una lágrima. Agarra el mate calentito y dice con tono lento:

—Sí, una gran equivocación, vieja. Llevarme a mí preso como un extremista.

Siente que vuelve a vivir, que está en su casa con su vieja, con el mate recién cebado. Había visto tantas cosas esos seis días en esos calabozos; tanta gente gritando y música muy alta: jazz, música clásica y tango escuchaban los milicos. Prefirió olvidar y seguir con la historia que Pedro había creado para salvarlo de la vergüenza de ser llamado pederasta. Pedro lo ha sacado de la cárcel y lo ha rescatado de los uniformados. Es una loca que se ha salvado y puede contarla. Nunca ha estado de acuerdo con las organizaciones armadas, pero sabe que están asesinando a mansalva a cientos de personas por subversivos, pero también por maricones.

La madre le pide que prenda la radio para relajarse y volver con el tejido que no agarra hace una semana. La Rami sintoniza

un tango: “He llegado hasta tu casa, yo no sé cómo he podido, si me han dicho que no estás, que ya nunca volverás, si me han dicho que te has ido”. Al escuchar las primeras estrofas, confirma que los destinos suelen estar firmados, sellados y fichados, como él en la Brigada: no quiso pensar más en el futuro, los santos eyaculadores ni nada. Se aleja de la radio y se sienta al lado de su vieja para ver qué billetes le faltan a su colección.

ÍNDICE

LA HEROÍNA BAHIENSE	11
EL PROFE DE LAS BELLAS ARTES	23
EL OFICIAL Y EL REVOLUCIONARIO	41
LA RAMI	61

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de*

tecnoffset

José Joaquín Araujo 3293

(C1439FAP)

Ciudad de Bs. As.

Junio 2017

MALISIA

DISTRIBUIDORA & ESTANTERÍA DE LIBROS Y REVISTAS

DIAGONAL 78 ESQ. 6 - LA PLATA - ARGENTINA
MALISIADISTRIBUIDORA@GMAIL.COM



Los archivos de la División de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires -DIPBA- constituyen un valioso material de investigación sobre la represión en Argentina, vinculando la última dictadura cívico-militar, los aparatos de seguridad del Estado y la represión social hasta mediados los años 90. El investigador es autor y narrador, enlazando su vínculo eclesiástico con pasiones eróticas, militancia y persecución estatal. Este es el puntapié de un importante trabajo que enlaza el afecto, la disidencia sexual y la persecución de la DIPBA, así los Reportes, son personas y protagonistas. *Fichados* son relatos que forman mosaicos de tramas donde se encuentran la película de la censura *Je t'aime, moi non plus*, la referencia al anarquista Kurt Gustav Wilckens investido en el hermoso alemán John Lyon. Los boletines de las revistas *Somos* del Frente de Liberación Homosexual y las maricas refugiadas en el Tigre y sus fiestas. Las teteras de las estaciones de tren y una madre que busca a su hijo, ella no militará su desaparición, la pedera está es más vergonzosa que la militancia política y social. Alguna vez fue oculto y no dicho, alguna vez se salió al espacio público al grito de: "la sexualidad es un derecho humano". Algunos, los valientes, hablaron en primera persona: "soy puto". Y finalmente, llegados los años 90, el movimiento de diversidad cobró fuerza irreverente, garantía de democracia. Cristián Prieto, investigador y escritor lúdico, sexualiza, politiza, describe y proyecta personas con pronombres raramente usados y señala a todas las instituciones preñadas de maricas.

Alba Rueda

PIXEL

978-987-3646-15-7

